



Madrid.....	Trimestre.....	2	pts
	Año.....	7	—
Provincias..	Trimestre.....	2,50	—
	Año.....	9	—
Extranjero y Ultramar: Año, 15 pts.			
Número suelto, 15 cts.—Atrasado, 50.			
25 ejemplares, 2,50 pesetas.			

HORAS DE OFICINA: DE 3 A 6.

Redacción: LIBERTAD, 29, Madrid.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

GERMINAL

JEFE DE REDACCIÓN: JOAQUÍN DICENTA



HUIDOBRO.—(Boceto.)—El Progreso pidiendo la emancipación del IDEAL en el ARTE.

El Arte, conducido por unos cuantos ancianos de tipo rabinico, miembros de algún sanhedrín literario, sin duda alguna, severos preceptistas, retóricos académicos, desmaya y languidece entre sus brazos. El Progreso libertador le muestra nuevo y libre camino, sin otro guía que la inspiración en lo ideal, anhelo eterno del espíritu artístico.

SUMARIO.

TEXTO.

El credo de una religión nueva, Ricardo Fuente.—*Instantánea*, Joaquín Muslares.—*El imperio de la arbitrariedad*.—*Báguica*, Antonio Palomero.—*La Internacional negra*, Ernesto Bark.—*Póstuma*, J. Verdes Montenegro.—*Siempre juntos* (poesía), José Juan Cadenas.—*Urge el remedio*, Rafael Delorme.—*Oloño* (soneto), J. Jurado de la Parra.—*¿Progresamos?*, Eduardo Zamacois.—*29 de Septiembre*, Francisco Macein.—*Hombres nocivos*, Rotuney.—*Remordimiento* (soneto), Santiago Iglesias.—*Mujer de su casa*, Ramiro de Maeztu.—*El proletariado periodístico*, E. B.—*Piedades ocultas*, Pío Baroja.—*Cosas*.—*Correspondencia administrativa*.—*Baal*, A.-F. Pisemsky (folletín).

GRABADOS.

El Progreso, boceto de Huidobro.—*El rey de los borrachos*, Velázquez.—*Pedestal*, Antonio Susillo (anverso y reverso).—*Unas bodas en Marruecos*, José Gallegos.

EL CREDO DE UNA RELIGIÓN NUEVA.

DEBEN de mirar con envidia los libros de mi biblioteca á una veintena de volúmenes que, lujosamente encuadernados, guardo en un pequeño estante de mi despacho.

Mientras sus infortunados compañeros andan rodando de aquí para allá, descosidos y medio rotos, esos favoritos de la suerte se resguardan del polvo y las injurias del tiempo con cubiertas de piel y cantos dorados.

—¡Bien merecen privilegios y preferencias! Son esos libros los Benjamines de mi biblioteca, los niños mimados de mi espíritu, los que siempre me acompañaron en los viajes y peregrinaciones de mi vida de bohemio, los que jamás se han separado de mí ni aun en las épocas de mayor miseria, los que tantas veces me dieron de comer y tantas otras me quitaron el pan de la boca.

¡Cuántas noches he pasado embriagándome con su lectura hasta que las claridades del alba hacían palidecer la luz de mi lámpara! ¡Cuántas noches he dormido recostando en ellos mi cabeza, rendida en fuerza de sensaciones exquisitas! Cuántas noches he recorrido sus páginas con más ansiosa curiosidad que hubiera descubierto los encantos de una virgen!

Esos libros me han proporcionado placeres más

intensos que los placeres de la carne, porque no habían, porque no cansan, porque no tienen finales amargos y producen mañanas triunfantes, como dijo el poeta.

Esos libros no son eruditos ni científicos; poco artificiosos y nada exóticos, escritos por almas creyentes y sencillas; yo no dudaría en llamarlos libros de oración y de consuelo. Libros de cuyas páginas siempre se aspira la más delicada fragancia; libros que, releídos por la milésima vez, nunca niegan el disfrute de una nueva virginidad.

Algunos de esos volúmenes han recibido el incienso de muchas generaciones y los elogios de la crítica académica. Todos ellos son célebres; todos menos uno, que humilde, desconocido, oscuro, de mal papel y peor impresión, parece hallarse encogido y avergonzado entre tantos otros que alcanzaron la aureola de la fama.

Compré ese libro en un baratillo hará unos quince años, y su lectura produjo una revolución en mi espíritu de muchacho, cambió el rumbo de mis ideas, fué para mí una especie de nodriza intelectual. ¡Por eso le amo tanto!

Debo tener en el cerebro huellas profundas, cicatrices causadas por las páginas de ese libro.

He buscado su título en los catálogos de las librerías; he pedido á muchos eruditos noticias de su autor, y como si se tratase de un raro incunabulo, como si no hubiera salido de la prensa más ejemplar que el que yo poseo, nada he podido averiguar.

¡Libro querido: si tuviese la fortuna de encontrar para tu hermosura nuevos adoradores, creería haberte pagado miserablemente lo mucho que te debo!

Se titula el libro *El Credo de una religión nueva* (Bases de un proyecto de reforma social), y llámase su autor Serafín Alvarez.

En el prólogo, escrito con sangre y nervios, con una sinceridad que hace palpar las palabras como los cuerpos vivos, hay algunas noticias acerca de su autor.

Estudió Serafín Alvarez la carrera de Filosofía y Letras. Con un carácter melancólico y algo misántropo, pobre, separado de padres y hermanos, de todo lo que había de sostenerle en la vida, por sus ideas político-religiosas, sin audacia ni ambición, aniquilado moralmente por no poder exteriorizar las opiniones que acariciaba con amor en el fondo de su conciencia, esperaba en la soledad de un colegio de provincia la hora de bajar obscuramente al sepulcro.

Un día se levanta en las Cortes un ministro procaz que denigra con las palabras más duras á los obreros que formaban la *Internacional de Trabajadores*, y llama malvados á todos los que sostienen iguales principios.

¡Las Cámaras, la prensa y las clases conservadoras aplauden aquel exabrupto ministerial! Serafín Alvarez entiende que aquellos aplausos significan una maldición para las ideas que hacen la delicia de su soledad y dulcifican en su alma la amargura de haber nacido, y se pregunta asombrado: «¿Es posible que tenga yo razón contra todo el mundo? ¿Es posible, por el contrario, que todo el mundo tenga razón en contra mía?» Y escribió *El credo de una religión nueva*, comenzando el prólogo con estas palabras: «La causa de haber escrito este libro fué un estallido de mi corazón.»

Y eso es, en efecto, el libro de Serafín Alvarez: el estallido de un corazón henchido de grandilocuencia y de amor á la Humanidad.

He leído otros libros de cuestiones sociales llenos de estadísticas, de cifras, de datos científicos, repletos de fríos y convincentes razonamientos, y en ninguno, exceptuando *El dolor universal*, de Sebastián Faure, he encontrado poesía tan conmovedora, lirismos tan arrebatadores como en el libro de Serafín Alvarez.

Los males sociales arrancan al autor de *El credo de una religión nueva* ayes que desgarran las entrañas. «¿Qué hemos de hacer nosotros en pro de nuestros hermanos, en pro del progreso, en pro de la obra del ser, si siempre estamos aterrados por el mañana, que se presenta sombrío, si cuando besamos la frente de nuestros hijos se nos llenan de lágrimas los ojos al considerar las desgracias que les esperan?»

«Cuando un desgraciado cae desfallecido por el hambre en medio de una calle de nuestras ciudades babilónicas y muere de inanición, ¿qué le importa la sociedad? ¿Qué más le hubiera podido suceder en los desiertos de Sahara?»

Los hombres civilizados, «generaciones de mártires, sobre cuya sangre el ser va á crear la nueva vida», inspiran compasión á Serafín Alvarez. «Al cabo de una vida entera de lucha continua contra nuestra familia, contra la miseria, contra el vicio, contra la deslealtad, contra la ingratitud, contra las enfermedades, nos retiramos por último á nuestro hogar, envidiosos de la vida del hombre salvaje, que tal vez no gozará más que del amor de su mujer y las caricias de sus hijos, pero que se libra en cambio de estos dolores intensos que nosotros todos padecemos, y que nos llevan con frecuencia al suicidio.»

En el libro de Serafín Alvarez hay un dolor resignado y amargo; pasión, pero no odio.

Escrito para los que sufren y los que lloran, no hay en sus páginas ni desesperación ni violencias. Preguntad á su autor cómo deben él y sus adeptos realizar el ideal de su credo, y os responderá: «De una manera muy sencilla: no haciendo nada; cruzándonos de brazos. Tal es nuestra fe, que estamos seguros de que la sociedad nos dará el trabajo hecho.»

¡La fe de Serafín Alvarez es cándida, pero hermosa! Es imposible seguir paso á paso sus ensueños de poeta. En 300 páginas seductoras y deleitosas expone el credo de su religión, y termina con el *Ideal de una vida*, visión profética de una época en que «el hombre verá ocultarse el sol sin pena y amanecer sin angustia, sin ese estímulo poderoso que nos hace maldecir la lentitud del tiempo, sin las esperanzas insensatas de un azar que nunca se realiza».

Pletórico de fe, de sinceridad, de poesía, de dolor dantesco, de infinito amor hacia los hombres; bello como el ideal que predica; tierno y melancólico como su autor, ese libro ganará todos los corazones que no estén secos por el escepticismo ó atrofiados por la intolerancia.

Serafín Alvarez muy bien pudo repetir, después de escribirlo, aquella hermosa frase de Goethe: «Lo que yo sé lo sabe todo el mundo; pero mi corazón yo solo le tengo.»

¿Vive aún Serafín Alvarez?

¡Ah! Si vives, regocíjate, porque las ideas que hace veinte años tú creías malditas, son hoy la única esperanza de la generación presente; regocíjate, porque hoy ningún ministro se atrevería á insultarlas desde la tribuna; regocíjate, porque el amanecer del triunfo está cercano.

Si yaces enterrado en las selvas de América, donde deseabas morir, regocíjate también, porque tu religión tiene muchos fieles, y vivirás eternamente amado en su memoria.

RICARDO FUENTE.

INSTANTÁNEA.



ALÉGRATE obrero, y da gracias á las instituciones burguesas que cuidan de tu suerte. Mientras tú mueres de hambre en tu tugurio después de catorce horas de trabajo, los economistas y sabios burgueses estudian tus necesidades... y cobran.

Ahí tienes en el Ministerio de la Gobernación una Comisión de reformas sociales que vela por tu bienestar.

Está formada por sabios eminentes, catedráticos, exministros, jurisconsultos.

Lleva catorce años de existencia, ha celebrado 30 sesiones y ha costado al presupuesto más de 80.000 pesetas.

Hasta ahora no ha hecho nada para mejorar la condición del proletariado, y hasta se dudaría de su existencia, si de ella no hablase «con la elocuencia de los números» el Cap. III de la Sección VI de los Presupuestos generales del Estado.

Alégrate obrero, y da gracias á las instituciones burguesas que cuidan de tu suerte.

JOAQUÍN MUSLARES.

EL IMPERIO DE LA ARBITRARIEDAD.

Sr. Director del semanario GERMINAL.

Muy señor nuestro: Por humanidad y por su profundo amor á la verdad, esperamos se dignará dar hospitalidad á las siguientes líneas en el periódico de su muy digna dirección.

¿Por qué se nos prendió, por suponérsenos sospechosos de complicidad en nefando crimen, ó por dar satisfacción á una política sin entrañas? Si lo primero, hace ya tiempo que debiéramos estar en libertad: si lo segundo... recordemos que las cosas caen siempre del lado que se inclinan.

QUINCE MESES Y MEDIO hace que pesa sobre nosotros, cual losa funeraria, la ARBITRARIEDAD más grande: ARBITRARIEDAD é injusticia que nos ha dejado en cueros vivos y á nuestras amantísimas familias en el mayor de los desamparos.

¿Hasta cuándo la situación injusta, ilegal, arbitraria é inmoral por que atravesamos, ha de prolongarse? ¿Cuándo se pondrá término al estado bochornoso en que vivimos, creado por los factores de un espantoso crimen, por las torpezas y abusos policíacos, y sobre todo y ante todo por la ARBITRARIEDAD gubernamental? Cosas hay que se ven con los ojos de la cara y, sin embargo, los ojos de la razón se niegan á darles crédito. ¿En qué, cuándo y cómo hemos faltado á la ley escrita? En nada, nunca y de ninguna manera. ¿Cuál es el delito que sobre nosotros pesa? Ninguno, á no ser que constituya delito ser millonarios de miseria; pero esto no obsta para que azote implacable nuestras descarnadas espaldas el látigo de la ilegalidad, que es el mayor y peor de los castigos que un Gobierno puede imponer á sus administrados.

Tranquilos, ya que no felices, vivíamos antes del atentado de Cambios. Desplegó sus negras alas el cuerpo de vigilancia (que nunca supo prevenir, sino reprimir á tontas y á locas) consumado el crimen, y dió con nuestros cuerpos en la cárcel, valiéndose, como siempre, de la cantinela de que el Sr. Gobernador deseaba dirigirnos una preguntita. La libertad individual violada al principio, más tarde secuestrada con escándalo de lo consignado en la Constitución: una infinidad de hombres sumamente quebrantados por horribles torturas morales; numerosas mujeres y niños que finirán sus tristes días en los lupanares, en los hospitales y en los hospicios, si antes no acuden al suicidio como único y postrer remedio; hé aquí la grande obra conseguida por la policía y por el Gobierno. Luego, cuando ya sea tarde, no faltarán moralistas de pega que salgan vociferando ¡nadie se da la muerte en un acceso de razón!

Los muebles escasos é indispensables, las ropas, todo ha ido á parar á manos de los prenderos — verdaderos verdugos del proletario que imperiosamente reclama unas monedas de cobre con que adquirir el mendrugos que debe acallar el hambre por unos mo-

mentos. ¡Ah! Si nuestros detractores á diario, si quienes tienen el sagrado deber de no mostrarse sordos á nuestros justos clamores se hallaren con el estómago vacío, las carnes mal cubiertas, el piso destastado, un manojo de papeletas de desahucio en el bolsillo y los hijos pidiendo pan sin podérselo dar, á buen seguro que no seguirían empeñados en cerrar los ojos á la razón. En el largo y cruento calvario que tan sin razón recorremos desde hace más de ¡QUINCE MESES!, hemos apurado ya, hasta las heces, la amarga cicuta de la miseria, del dolor y de la arbitrariedad gubernamental.

No, no hemos sido nosotros, sino el Gobierno, quien no ha respetado el imperio de la Ley. Valiéndose de esa terrible arma de dos filos denominada suspensión de garantías constitucionales, ha tolerado que la inepta policía barcelonesa consumara toda suerte de incalificables atropellos al derecho, á la libertad individual, y al imperio y majestad de la Ley, de esa Ley que debiera servir de faro y de báculo á todos los españoles sin excepción.

No hemos dañado á nadie, no hemos faltado á la Ley: somos honrados, media Barcelona ha respondido con sus firmas de nuestras costumbres morigeradas y, no obstante se nos retiene en prisión. ¡Inocentes y encarcelados! Esta corta pero gráfica frase, parece que debería sobresaltar y aún sublevar toda conciencia honrada, la de los ministros responsables en primer lugar, pero, desgraciadamente no sucede así. Sabe el Gobierno que los más no hemos sido ni siquiera procesados, y sabe que los menos hace más de ¡cuatro meses! que fuimos absueltos por el más alto de los Tribunales de guerra: el fallo jurídico militar ha quedado sin cumplir; ha sido reducido á cero, con desdoro del imperio de la Ley.

¡Parece mentira que la arbitrariedad y el desprecio á la sacrosanta libertad individual, pueda llevarse á tan alto grado!

Eso sí, muy á menudo suelen pronunciarse kilométricos y sensacionales discursos respecto á la obligación de indemnizar pecuniariamente á los individuos presos preventivamente. La indemnización á nuestra absoluta inculpabilidad, á nuestra larguísima privación de libertad, se paga con otra arbitrariedad mayúscula: con una ilegal Real orden de extrañamiento.

Y por si fuera corto el número de verdaderos y monstruosos atentados que al imperio de la Ley hemos sufrido desde que en hora mala se nos arrancó del seno de nuestras infortunadas familias, se habla de deportarnos á una colonia presidio, á fin de que adquiramos hábitos de trabajo y de moralidad ¡adquirir hábitos de trabajo y de moralidad, nosotros, que siendo niños todavía tuvimos que abandonar la escuela para ganarnos el sustento con el sudor de la frente honrada, y dar lecciones prácticas de no bastardeada moralidad, podemos á nuestros propios detractores!

¡Qué cinismo tan grande!—El lugar que nos corresponde ir es á... CASA.

Hémoslo dirigido en respetuosas instancias á S. M., á los Ministros correspondientes, al Gobernador de la provincia y... sólo hemos hallado el abandono y la indiferencia completas. Si, pues, los que por tácito mandato de la Ley tienen el sacro deber de atendernos no lo hacen, ¿á quién sino á la prensa honrada y á los hombres cuyo corazón é inteligencia se salgan de la esfera vulgar y mezquina hemos de dirigirnos los atropellados en nuestro derecho?

Ya que como única Ley se nos impone la del EMBUDO, no cesaremos de repetir:

AL IMPERIO DE LA ARBITRARIEDAD QUE MATA,
OPÓNGASE EL IMPERIO DE LA LEY QUE VIVIFICA.

Castillo de Montjuich y cárceles nacionales de Barcelona á 20 de Septiembre de 1897.—J. Pons.—F. Abayá.—Casimiro Balart.—Ildefonso Alvarez.—Pedro Arolas.—Antonio Frisas.—Mariano Martorell Dorri.—Pelegrín José F. Abayá.—Pedro Boti Zola.—Tomás Vidal.—Jaime Roca.—Francisco Bartomesa.—Carlampio Trilles.—Tomás Oliva.—Pedro Camps.—Francisco Pérez.—Baldomero García.—I. Condeminas.—Marcelino Vilá.—Pablo Bo.—Gabriel Llibet.—Mariano Alvarez.—Domingo Fruitós.—Pedro Marbá.—Joaquín Curriols.—Francisco Sala.—Jesús Aparicio.—Pedro Costa.—Baldomero Cornodó.—Jaime Lleonart.—Pedro Fontanillas.—Bautista Cervera.—Ramón Ardica.—Antonio Tetas.—Mateo Roca.—Jacinto Mestrich.—Esteban Cuyás.—Constantino Amigó.—Pedro Carreras.—Francisco Cardenal.—Francisco Elias.—Sebastián Cufapé.—Ramón Ars.—Antonio Seró.—José Chinchilla.—Francisco Freixa.—Jaime Catafol.—Carlos Bielsa.—José Poch.—Gerónimo Otín.—Pedro Perramón.—Manuel Simón.—Gerónimo Mombida.—Buena Ventura Murató.—José Montemar.—Francisco Rull.—J. Vives.—Manuel Susagna.—Ramón Font.—Antonio Navarro.—Salvio Puig.—Vicente Fosas.—Julio Montes.—Francisco Tobra.—Mariano Valls.—Pablo Calvet.—Federico Curt.—Ramón Vilaseca.—Enrique Sánchez.—Alejandro Llorens.—Mateo Coll.—F. Ros.—Antonio Olivella.—Manuel Melich.—José Farré.—José Fainé.—Juan Solé.—Esteban Puig.—Constantino Burgos.—Francisco Miralles.—José Elias.—Jaime Rebas.—Clemente Sala.—Ramón Gorfan.—Z. P.



VELÁZQUEZ.—EL REY DE LOS BORRACHOS.

BÁQUICA.

Murieron del verano
las largas tardes...
El labrador cumplidos
vió sus afanes;
terminó sus tareas,
y en el granero
guardó las provisiones
para el invierno.

Ya ha llegado el otoño
¡todo lo anuncia!
La tarde breve y triste,
la noche oscura,
el viento que furioso
pasa silbando,
sin galas la campiña,
desierto el prado,
el silencio de muerte
de la pradera,
los árboles desnudos,
las hojas secas,
el misterioso cielo,
la fuerte lluvia...
¡Ya ha llegado el otoño,
todo lo anuncia!

¡Otoño! Aún guarda el hombre
para esperarte,
amorosas palabras
y dulces frases,
y tu nombre bendice
con alegría
en las tardes hermosas
de la vendimia...

La añosa vid espléndida
brinda su fruto
en repletos racimos
de rico zumo,
de un bello y transparente
color dorado,
que ocultan y acarician
los verdes pámpanos.

Por la viña corriendo
la gente moza
á la grata faena
dócil se apronta...
Luego, entre carcajadas
y locos gritos
á las cepas desnudan
de sus racimos.

Y mientras que los secos
sarmientos pisan,
y al igual de los pájaros
las uvas pican,
apresuradamente
con loco estruendo
del codiciado fruto
llenan los cestos.

¡Cuánta risa en los labios!
¡Qué de ternezas!
¡Cuánta frase de amores!
¡Qué de promesas!...
Juventud, esperanzas,
franca alegría...
¡Oh tardes venturosas
de la vendimia!

Luego detrás del carro
do va la carga,
que por ancho camino

la yunta arrastra,
van los vendimiadores
hacia la aldea
al hogar venturoso
que les espera.

Formando alegre coro
ríen y cantan,
borrachos de las uvas
y de la zambra,
y su canto repiten
montes y valles
mientras que tristemente
muere la tarde...

¡Poesía infinita
que llega al alma
con los dulces acentos
de la esperanza!...
Sólo para tus cantos
hay un poeta:
¡nuestra bendita madre
Naturaleza!

Por eso es siempre el vino
grato consuelo
para quien hondos males
guarda en su pecho;
por eso da venturas
y da alegrías...
¡Nace entre alegres cantos
y frescas risas!

¡Cuántas veces sufriendo
con ansia loca
término á mis pesares
busqué en la copa,
y cuántas otras veces
la borrachera

disipó las negruras
de mi tristeza!

¡Bebed! Si os acompañan
penas crueles,
si en medio de la lucha
sentís la fiebre,
penas y sufrimientos
dará al olvido
el perfumado y dulce
licor bendito...

Grandes, sabios y artistas
los pueblos clásicos
hicieron en sus fiestas
un Dios de Baco,
bailando en sus altares
danzas alegres
y cubriendo de pámpanos
su vieja frente.

¡Baco! ¡Venus! ¡Los dioses
de la alegría!
¡Pulsemos en su obsequio
toda la lira!
Juventud que anhelante
ríes y gozas...
¡viva el amor y el vino!
¡Llenad la copa!

El licor apuremos
que alegra el alma
en la edad apacible
de la esperanza...
Pronto con sus tristezas
vendrá el invierno
¡menos agradecido
que el vino viejo!

ANTONIO PALOMERO.

LA INTERNACIONAL NEGRA.

FUNDADA la célebre Internacional roja el 28 de Septiembre de 1864 en la Saint-Martins Hall, en Londres, por Tolaine, Marx y Engels, y que celebraba sus *Congresos Internacionales* en Ginebra, 1866; Lausanne, 1867; Bruselas, 1868, y Basilea, 1869, para quedar sepultada en el mar de sangre y las llamaradas de la *Commune* de París en 1871, era la amenazadora antítesis de la tesis representada por la Internacional clerical, dirigida admirablemente por la milicia negra de Roma, el jesuitismo.

La aspiración cosmopolita del catolicismo, como continuación de la dominación universal que inspiraba al imperio romano, había encontrado en Ignacio de Loyola la poderosa personalidad que supo transformar la vaga aspiración en un sistema político que pronto debía ser la base de la acción diplomática de la Roma católica. ¡Qué fantasma tan grandioso! Desde Roma piensan gobernar estos internacionalistas negros al universo entero, sustituyendo la fuerza de los gobiernos actuales por la invisible red coercitiva de que disponía la Iglesia en los siglos pasados. No hubiera más ley que el dogma católico, la conciencia de los fieles y los mandatos paternales de la Iglesia, y las guerras serían imposibles, así como la miseria y los crímenes que la siguen, porque Roma, la omnipotente colectividad católica, sería dueña de casi todas las riquezas, como lo hubiera sido en España si el conde de Aranda no hubiese echado á los jesuitas. Este comunismo, donde la Iglesia dispone y reparte los productos según las necesidades de todos y que se practica en todos los conventos y órdenes católicos, sería la coronación de la obra de San Ignacio.

Nadie negará que el ideal del internacionalismo negro coincide en los puntos esenciales con el del anarquismo militante de Kropotkin, Grave, Reclus y Sebastián Faure, y no debe extrañar que este último se haya convertido de la noche á la mañana de jesuita fanático, miembro regular de la orden de San Ignacio, en libertario-comunista decidido. La diferencia es realmente, en el fondo, nada más que una cuestión secundaria: los jesuitas van al comunismo como los libertarios, y como éstos, son enemigos de las leyes coercitivas y de los estados actuales, basados en la fuerza, sustituyéndoles por las libres manifestaciones de la conciencia, llámeselas como quiera y fórmese esta conciencia bajo la influencia de la moral altruista ó del dogma católico. Si una vez es verdad que los extremos se tocan, lo es en este caso, y conste que sólo expongo aquí el hecho manifiesto é indiscutible, como dato y punto de salida para comprender los manejos del internacionalismo negro y toda la política de Roma, en cuanto está inspirada por el jesuitismo.

Lo poco cierto y fidedigno que sabemos de Jesús, y en el supuesto que haya existido esta figura, no cabe duda que los evangelios la presentan decididamente como comunista, en el concepto moderno de la palabra, y su espíritu comunista ha inspirado la creación de los conventos y órdenes, la noética y sublime personalidad de San Francisco de Asís, y últimamente la inmensa ambición del aristócrata español que en busca de glorias militares y tras la tumba de sus esperanzas de miliciano de la espada, se convirtió en miliciano de la cruz para satisfacer sus anhelos de dominación universal. Sólo la mala intención puede negar que el cristianismo ha sido siempre comunista, y por consiguiente no debe extrañar que su suprema aspiración, interpretada por el gran español Loyola, sea el comunismo internacional.

En el Syllabus, cuya lógica consecuencia era la infalibilidad del Papa, declarada por Pío IX en 1870, había conseguido el jesuitismo su victoria más grande. Después de lo dicho se comprenderá cómo al proclamarse el Syllabus en Roma, le contestaba la internacional roja en Londres con la organización de la *Asociación internacional de trabajadores*, la antítesis á la tesis. Desde entonces se combaten los dos émulos con todas las armas, porque cada una sabe que no hay arreglo ni inteligencia posible, puesto que el dogma y la libertad son adversarios irreconciliables.

Los espíritus más claros van comprendiendo que desde luego será este duelo gigantesco la gran epopeya del siglo xx. ¡Socialista ó católico! No hay otro lema; los partidos intermediarios desaparecen cada día más; y como en la Edad Media se adhirieron todos al Papa ó al Emperador, ahora estarán todos obligados á resolverse más temprano ó más tarde por el socialismo ó el catolicismo jesuita; Cánovas del Castillo dijo con razón que la democracia llegará necesariamente hasta el socialismo, que él confunde con el comunismo: «El sufragio universal no es nada sin el comunismo. El comunismo y el sufragio universal son dos tesis que se resuelven y no pueden menos de resolverse en una sola síntesis: la democracia, entendida de esa manera, no es más que la guerra de los pobres contra los ricos. Así pudo decir Aristóteles, contemplando las distintas instituciones en estos principios fundadas, que en el

fondo de todas las revoluciones que había conocido en su tiempo no había más que cambios de fortuna.»

Otro historiador celeberrimo, el gran Niebuhr, dijo que «estamos en vísperas de una gran destrucción como el mundo sólo lo ha visto en tiempos del derrumbamiento del imperio romano del siglo III de nuestra era». Los espíritus educados en las preocupaciones del pasado é incapaces de comprender al socialismo, están generalmente temiendo la gran catástrofe como un castigo de Dios, una especie de diluvio, y el jesuitismo cuenta con esto y cifra sus esperanzas en este cataclismo, acelerando con todos los medios de la intriga el desenlace final. Otro historiador célebre, el jesuita alemán y una de las autoridades de la política papal, el doctor I. I. de Döllinger, dedica al problema un libro voluminoso bajo el título: *Iglesia é iglesias, el papado y su poder temporal*, cuya tendencia resume en la frase: «Si la sociedad actual se destruye en una revolución social, será la misión de la iglesia católica, después de que los poderes destructores hayan terminado su obra, de ser el lazo que reconstruyera el edificio social sobre nuevos fundamentos de la tradición religiosa. Esta es la misión del Papado.»

¡Del caos saldrá el Fénix rejuvenecido; la Iglesia universal, dueña de los destinos de la humanidad! A Roma complace el socialismo, cuya última palabra será el comunismo, según lo afirman los economistas católicos, los anarquistas y muchos colectivistas; si le combate es su tendencia «materialista», el determinismo, racionalismo y filosofía del placer, ó sea su eudemonismo. Pero, ¿no tiene también el movimiento socialista comunista sus poetas del pesimismo y sus filósofos del «Dolor universal»? Del pesimismo poético y filosófico al pesimismo cristiano con sus esperanzas á la vida eterna y su redención, sólo hay un paso que han franqueado muchos de los revolucionarios más exaltados. Por esto siguen los cuervos negros al ejército de la Revolución Social, y Roma tuvo en 1870 la intención de dar la gran batalla á la ciudadela del protestantismo, la herética Prusia, apoyándose en la misma Francia, que parecía estar á la víspera de una conmoción social tan peligrosa que el emperador Napoleón III se veía obligado á levantar la bandera del «Socialismo Imperial», como en la actualidad lo hace el emperador de Alemania con su desatentada «Monarquía Social». La emperatriz Eugenia era el instrumento de Roma para iniciar la guerra, y tras la victoria sobre Prusia, hubiera seguido el destronamiento del rey de Italia, y tal vez en España el Gobierno teocrático bajo D. Carlos. El plan fracasó por una casualidad ó tal vez por la sublime locura del rey de Baviera, el malogrado Luís, que después murió loco. Inspirado por la poesía pan-germánica y por el ultra-teutón Ricardo Wagner, el gran músico, rompió el rey la red negra que intrigaba la corte y el país bávaro, y cuando Roma y Napoleón III contaban con la neutralidad de Baviera, asombró su rey al mundo declarándose, no sólo amigo de Prusia, sino aliado contra «el enemigo hereditario» y dispuesto á subordinarse al rey prusiano, si éste levantara la bandera del Imperio Germánico. ¿Era locura ó sublime entusiasmo patriótico? Para Roma era el golpe fatal; la actitud de Baviera aislaba á Francia, que había sostenido relaciones muy íntimas con la corte de Austria, deseosa de ver caer al vencedor de Sadova, y destruía la intriga que Gerome, el hermano del emperador francés y cuñado de Humberto, dirigía en Italia con el fin de obtener la alianza del Gobierno italiano.

El plan que fracasó por un milagro en 1870 no ha sido abandonado por Roma; Francia es el país de sus esperanzas, donde la aristocracia se distingue por una devoción refinada, mezcla de sensualidad y coquetería; donde el jesuitismo ha conquistado las masas rurales y donde los archi-católicos conde de Mun y Eduardo Drummond dirigen una activa propaganda *socialista-católica* contra la «Internacional del Oro», apoyados por los católicos y bajo los auspicios directos del Papa León XIII. Mun, el fogoso orador parlamentario, es una especie de Alejandro Pidal en edición francesa, ó sea menos fanático, independiente de todas las ventajas materiales del poder y por ende libre de combatir á la plutocracia judaica que protege á los ex-demócratas de la Tercera República. Drummond es un popularísimo publicista, cuya pluma sarcástica temen los fanáticos gomosos, como el barón Hirsch y consortes «dorados». Drummond no hace un secreto, que cree utilísimo para los fines de la Iglesia, la propaganda de los socialistas. En uno de sus admirables libros dedica sentidas frases á Benoit Malon, la personalidad más saliente del socialismo contemporáneo francés, prometiéndole rezar por su alma plegarias fervorosas para que Dios acoja en su seno al hombre que tanto bien ha hecho á la Iglesia (1).

Francia sigue siendo la esperanza del jesuitismo y

(1) Confirma esta actitud del catolicismo *esotérico* con los manejos secretos del jesuitismo en España. Mientras que el vulgo católico, los vocingleros de la prensa nea, desgraciados que buscan la satisfacción del estómago desempeñando el

después España é Italia. En los países más refractarios á Roma, como Alemania, Inglaterra, Rusia y América del Norte, va ganando silenciosamente cada día nuevos prosélitos. Muy instructivo es lo que el príncipe del catolicismo americano, Irland, dice sobre los progresos católicos en el nuevo mundo, gracias al elemento irlandés, y gracias al *snobbismo* yankee, que encuentra muy *chic* el misticismo estético y los entusiasmos por las grandes riquezas artísticas de la Ciudad Eterna. Los cardenales Ketteler y Manning han organizado en Alemania é Inglaterra, con gran éxito, el socialismo católico, y en la aristocracia de ambos países aumentan las simpatías por el catolicismo, que se presenta á estos acéfalos antidiluvianos como la roca inquebrantable que les ofrece garantías contra las olas de la democracia socialista. Con Rusia entretiene León XIII relaciones bastante cordiales y trabaja en realizar el plan del jesuita y ex-príncipe Galitzin, que consiste en unir las Iglesias latina y griega, para cuyo efecto está Roma dispuesta á reconocer por legítimo el matrimonio de los curas griegos. Todos estos trabajos de zapa están inspirados por el jesuitismo, que se ha hecho amo del papismo á pesar de las rivalidades de otras órdenes. El amor propio nacional de franceses, italianos y españoles está hábilmente halagado; Francia ha sido siempre «la nación más cristiana», Italia admira en el papado, con razón, una institución italiana, cuyo presidente y estado mayor son por excelencia italianos, y el catolicismo resulta de esta manera la supremacía y dominación sobre el universo por Italia. Los católicos españoles se creen el brazo de la Iglesia, armado por la Providencia contra los heréticos, y confunden la gloria de España con la del catolicismo.

Bueno es conocer las fuerzas del enemigo para saber combatirle y herirle en el corazón. A la Internacional negra destruye sólo una fuerza misteriosa: la Libertad; todo lo que de una ú otra manera cohibe la libertad es un cómplice del enemigo negro, llámese «dictadura de la libertad», «autoritarismo socialista» ó como quiera, porque por todos los caminos se llega á Roma. La síntesis que resolverá el problema del internacionalismo debe inspirarse por el aliento vivificador de la libertad. Libertad de conciencia, libertad política y libre organización de abajo arriba en unidades libres, quedará como ley suprema los impulsos de la conciencia.

ERNESTO BARK.

CUENTOS NUESTROS.

PÓSTUMA.

SINTIÉNDOME levemente indispuerto hice llamar al doctor, y *de él* fallecí pocas horas más tarde; es inconcebible la virulencia que alcanza á veces un médico, mal contra el que todavía no se ha descubierto remedio. *La enfermedad* se marchó á otra parte, á continuar ejerciendo su misión humanitaria, y junto á mi lecho quedó únicamente mi esposa, gimoteando, mientras Andresito, mi hijo, armaba un estrépito infernal corriendo por la sala, caballero en uno de mis bastones.

Como no me había muerto hasta entonces no eran muy claras mis ideas sobre las sensaciones que en tal caso se experimentan, pero yo imaginaba muy de otro modo la cesación de la vida. Ciertamente que no sentía calor, sino, al contrario, un frío muy intenso: cierto que, rígido por completo, me era imposible moverme; pero yo pensaba, veía con claridad perfecta los distintos objetos de la alcoba, percibía los gemidos de mi mujer y el endiablado jolgorio de mi hijo; paladeaba en fin, la última cucharada de medicina, maldecido potingue que me sabía á estiércol; así es, que á pesar del frío y la inmovilidad extraños, no me resolvía á creer que había dejado de existir y que no era más que un cadáver.

Pensé un momento en la catalepsia, enfermedad que es como el sueño, sólo que más que el sueño, sememejante á la muerte; pero llegó en esto un criado del doctor con el certificado de mi fallecimiento,

papel de polizonte voluntario para obtener una subvencioncita ó una limosna del Gobierno, propagan los jesuitas sigilosamente el *socialismo católico*, fundando, bajo la dirección del marqués de Comillas y los católicos más importantes de España, entre ellos muchos como el grotesco general Azcárraga, instrumentos ciegos del jesuitismo, círculos obreros donde se enseña el socialismo católico que significa: «La unión y asociación universal y permanente de los soldados decididos de la Iglesia, bajo la dirección directa y absoluta del Papa.» Y el fin justifica los medios; los jesuitas han practicado siempre el asesinato como medio lícito, y lógico es suponer que no rechazan las bombas de dinamita para provocar la reacción y justificar leyes excepcionales para matar la libertad.

leyó mi esposa entre sollozos, y ante la seriedad de una declaración facultativa hube de resignarme á pensar que mi ilusión era infundada por completo. Todo sea por Dios, me dije, hubiera jurado que estoy vivo y es, sin duda, que no puede uno juzgar con imparcialidad de nada que le interese. Por fortuna no me encuentro mal del todo, yo creí que era otra cosa esto de morir.

Tratando entonces de acomodar á aquel nuevo, novísimo estado mis ideas y sentimientos, no pude menos de sorprenderme de la facilidad de la transición y del distinto juicio que me inspiraban las cosas y las personas: mi mujer, mi hijo, mis amigos, todo cuanto había amado me era indiferente; también mi perro y un mono que había cogido en el campamento de Wad-Ras, cuando la guerra de África. Las sensaciones físicas me molestaban algo, odiaba la luz y el ruido y deseaba que alguien me sustrajese á su influencia. Pero en la región de la idea la transformación era, si cabe, aun más completa: todo me parecía lógico, natural y admirablemente dispuesto, así las desigualdades sociales como las aberraciones humanas, lo mismo las plagas y el dolor que los grandes crímenes de la historia. Todo lo encontraba razonable y justo y al mismo tiempo mezquino é insignificante, indigno de ocupar la atención más de un segundo, y así mi mente pasaba de uno á otro, desdeñando su detenido examen, por todos esos pavorosos problemas la explicación de los cuales en vano había yo intentado en vida durante largas sesiones de una metafísica cursi.

Me avergüenzo de decirlo: de tales alturas de estoicismo caí de nuevo en la ruindad de las pasiones humanas. Alguien entró en mi habitación y al verle no pude menos de experimentar profundo despecho: era un amigo que se me había hecho antipático quizá por lo mismo que mi mujer encontraba grata su compañía. Mirábame él fijamente y yo creía encontrar en su mirada una expresión irónica y como de esa satisfacción del que triunfa sin esfuerzo por un azar de la fortuna. Adiviné que haría lo posible por sucederme en el corazón de los que me habían querido y me sentí desconsolado. Llamó á mi esposa en voz baja y ella dirigiéndole una mirada de infinita tristeza sollozó con más fuerza:—malo, pensé, comienza á ensayar el atractivo de las lágrimas.—Quiso dar un beso á mi hijo y éste se desprendió de sus brazos furioso, descompuerto, blandiendo mi bastón en son de amenaza: ¡bravo! hubiera yo exclamado á haber podido valerme y cogiendo á aquella monada de chiquillo lo habría estrechado contra mi pecho.

Este incidente abrió camino en mi alma á la idea de que mi hijo necesitaba amparo, y sucesivos razonamientos calmaron mi excitación restituyéndome á mi indiferencia. Primero pensé que ese amparo exigía un buen matrimonio de su madre; luego que mi amigo era un partido excelente para mi viuda consolada; después que casándose ambos, alguna vez me nombrarían, fuera de aquellos momentos en los que no era bien ni propio que me nombrasen... En fin, que si me nombraban enhorabuena, y si no también, puesto que yo estaba muerto (ya lo había olvidado), todo me importaba una higa. Esto pensado, me encogí de hombros en mi voluntad, único modo como podía hacerlo; y volví á encontrar todo pequeño é insignificante y á creer que estaba bien y admirablemente organizado.

Caí con esto de nuevo en una indiferencia, turbada sólo por la molestia que la luz y el ruido me producían, cuando una Comisión de cierto Liceo de que yo era socio entró en demanda de mi cadáver para exponerlo en sus salones. Un viejo, que siempre me había parecido tonto, dirigió á mi viuda un discurso encomiástico para mi persona: movían los acompañantes acompasadamente la cabeza como los caballos de un carro fúnebre, y cuando el orador dió á entender que había vaciado el bote de pensamientos fiambres, ellos estrecharon su mano profundamente conmovidos. Mi viuda accedió á la súplica elocuente y quedó acordada para la tarde la traslación de mi cadáver.

* * *

Aún no estaba terminado el túmulo cuando la comitiva llegó al salón, y el féretro quedó en uno de los escaños, cabalmente aquel que era mi asiento acostumbrado. Habíanme vestido de frac y puesto en una de mis manos un bastón y en la otra el clac indispensable, y talmente parecía que iba dispuesto á dar una velada literaria en el otro mundo, en el momento de mi arribo. El lado izquierdo del pecho desaparecía bajo un montón de cruces y medallas, y cubría mis pies á modo de edredón ó manta de viaje el estandarte del Liceo, color verde rabioso, con no sé qué signos alegóricos bordados en oro, y además una culebra (lagarto, lagarto) mordiéndose la cola, augusta representación de lo infinito, que desde lejos parecía una pescadilla. Eran de ver el afán con que los dependientes del Liceo trabajaban en la erección del túmulo, y el ingenio inagotable del viejo conserje, arquitecto honorario que dirigía la construcción del monumento. Él arrancó

á un ejemplar de *Nana* que había en la biblioteca la cubierta amarilla para recortar una calavera; él hizo subir un catre y un cajón de tabacos para que mi cabeza estuviese más alta que los pies; él forró el túmulo de negro con un mantón de su cuñada, é hizo un artístico pabellón del velo de luto con que su mujer honró la memoria de un su primo que la dejó por heredera; él, en fin, se multiplicó, y aún creo que se elevó á potencias, hasta dejar terminada la obra y ver que era buena; y cuando colocó sobre ella mi féretro, mirábame como diciendo: Ahí tienes, miserable, como te trato, aunque no me dabas más que un duro de propina al año, el día de tu santo.

Reunieron á mi alrededor algunos de mis consocios y pude enterarme de que mientras algunos hacían elogios no muy entusiastas de mis escritos, la mayoría denigrábame ó me satirizaba; y es lo cierto que oyendo á unos y otros, á todos encontraba muy razonables, lo cual debía, sin duda, á haber llegado á identificarme con ese fondo de las cosas en el cual, como todo es uno y lo mismo, desaparecen las antítesis en la unidad superior. Giró la conversación sobre otro tema que entendí era el de celebrar una velada en mi honor, y no he de ocultar que experimenté al oírlo una sensación vagamente dolorosa y como de un indefinible disgusto. Supe que un profesor de *gaya ciencia* había empezado un estudio crítico de mi vida y mis obras, en el que me desfiguraba horriblemente retorciéndome y exprimiéndome en busca del jugo filosófico que—naturalmente—resultaba ser el pesimismo. Hablaron, en fin, de los versos míos que habían de ser leídos en la velada, y unánimes acordaron que fueran los peores, para entregarme al descrédito; y decidieron encargar á un viejo venerable la lectura de mis composiciones amatorias, para reirse de los gestos que haría el pobre hombre esforzándose en vencer tan monstruoso anacronismo.

Furioso me iba sintiendo ya—no obstante estar muerto—al oír tantas lindezas, cuando me ví obligado á soportar la lectura de un discurso necrológico, obra del secretario perpetuo de la corporación doctísima. ¡Qué de frases hechas y de metáforas cursis! Que *había doblado mi frente*... —no sé cómo ni por donde;— que *alzaba con frecuencia mis ojos*...—jamás se me ocurrió subirlos ni bajarlos, convencido de que estaban bien en sus órbitas;— que *había pronunciado discursos luminosos*...—no sé si llegaría á inflamarse uno en que hablé del petróleo;— que *soñaba con el ideal*...—falso de todo punto, pues no he soñado sino una vez en mi vida, y soñé entonces que me encunaba un toro de Veragua.

Era cada vez mayor mi desasosiego, pero mi suplício estaba en sus comienzos: un poeta joven me había dedicado una oda, de la cual se dispuso á recitar unos cuantos fragmentos. Pavoneábase el tal saboreando anticipadamente su triunfo y poco le faltó para decir, como otro, que iba á darse á luz sobre la tumba de un malvado. Yo no podía más: sentíame, muerto y todo, poseído de una cólera infinita y hacía esfuerzos por moverme, por incorporarme, por protestar de algún modo de aquellas profanaciones insolentes. Hallaba en mí energías inverosímiles, pero mis miembros parecían de hierro, tal era su pesadez, y no podía vencer su resistencia. Al cabo de algún tiempo me pareció notar que el frío era menos intenso y que, aunque muy ligeramente, algo podía moverme. Concentré toda mi voluntad en medio de sufrimientos morales espantosos, hasta que al fin, sintiéndome ya dueño de mí y reuniendo todas mis fuerzas, ¡Brrrr!... exclamé, incorporándome y amenazando con el puño á aquellos miserables que se quedaron petrificados de espanto...

No pude articular una palabra, pero el efecto estaba ya causado. Esforzábame yo por recobrar la expedición de la lengua, cuando sentí que vacilaba, y efectivamente, el tablado, que no estaba muy seguro, dió él y conmigo en el suelo, rodando mi cuerpo entre el féretro y el catre, dos sillas rotas y la tapa de una tinaja. Me levanté como pude y miré en derredor. Desde un ángulo del salón presenciaban todos despaavoridos la singular escena, mientras el poeta y el viejo del discurso vociferaban como poseídos del demonio.

Sentí miedo: me pareció que aquellos hombres serían capaces de matarme para aprovechar el uno su conserva de vulgaridades y apedrearle el otro con sus cantos, y sin cuidarme de la facha en que estaba, huí del salón temiendo aún que alguno me agarrase del frac para volverme al ataúd de grado ó por fuerza.

Salí á la calle corriendo, satisfecho, en medio de todo, de estar vivo y poder dar un mentís al médico que había certificado mi muerte. Llegué á mi casa jadeando y ensordecido por los gritos de los pilluelos que me seguían. Subí las escaleras... llamé... mi hijo lloraba desesperado golpeando furiosamente una puerta... La abrí... ¡Oh fortuna! Llegaba á tiempo... Tan á tiempo, que un momento más y habría deseado morir.

José VERDES MONTENEGRO.

SIEMPRE JUNTOS.

Quando querías salir te disculpabas con ir bien de compras, bien á misa, pero solías venir poco, tarde y muy de prisa.

¿Te acuerdas, dueño querido? Nunca el tiempo ha transcurrido más de prisa ¿no es verdad? El reloj nunca ha corrido con mayor velocidad.

Te contaba mis tormentos, tus penas me referías y, en tan plácidos momentos, brotaban los juramentos que de tu pasión me hacías.

Sobre mí te reclinabas ansiosa de amantes lazos... —¿Te canso?— me preguntabas, y las horas te pasabas descansando entre mis brazos.

—No me cansas— te decía — Tú no sabes que alegría siento al verte junto á mí... ¡La vida me pasaría teniéndote siempre así!...

* * *

Estrechando, al fin, los lazos que atan su vida y mi vida, hoy, por el amor rendida, poco á poco, entre mis brazos se ha ido quedando dormida...

¡Y esto mata!... Siempre aquí, sobre mi pecho... ¡Es horrible!... Me quiere mucho... ¡eso sí! Pero esto ya es imposible... ¡No puedo vivir así!...

¡No! No lo puedo aguantar... Ya en mi rostro sus cabellos vienen á cosquillar... Sus cabellos son muy bellos ¡ay! pero me van á ahogar...

—Quita, vida mía... Si... ¿Qué si me canso?... ¡Jamás! ¡Yo me encuentro bien aquí!... Tú... estás incómoda así... Anda... ¡sepárate más!

José JUAN CADENAS.

URGE EL REMEDIO.



En Madrid y en muchas poblaciones de España han subido de una manera enorme los artículos de primera necesidad.

Aquí, en la antigua villa del oso y del madroño, la subida de estos artículos pasa ya de lo escandaloso para llegar á lo irritante.

El pan, con su peso íntegro de un kilo, cuesta ahora 55 céntimos, es decir, 15 más de lo que hasta hace poco costaba; el tocino, 52 céntimos más el kilo; el aceite, 4 pesetas más la arroba; las patatas, 5 céntimos más el kilo, y el petróleo 10 céntimos más el litro. Además de esto, los huevos y la carne también han experimentado no ligeras subidas de los precios que anteriormente tenían.

¿En qué consiste esto?

Los reaccionarios, los amigos del antiguo régimen, los que quieren la corona y el cetro para el pretendiente D. Carlos, ó los que aspiran á una República católica bajo la presidencia vitalicia de D. Ramón Nocedal, dirán que esto sucede porque al establecerse la libertad de comercio abolióse la tasa de los artículos de primera necesidad y la del interés de los préstamos, con lo cual dejóse sin defensa al pobre contra la codicia de los mercaderes sin entrañas, haciéndole además esclavo de los usureros sin corazón.

Esto dicen los absolutistas de todas castas, y añaden que al destruir los antiguos gremios de trabajadores que los hacían fuertes y aseguraban el bienestar de sus individuos con arreglo á su clase, y al apoderarse de los bienes de la Iglesia, desvinculando los de la nobleza, quedaron las clases menesterosas completamente desamparadas, y dióse lugar á la formación de esa corrosiva llaga de los tiempos modernos que se conoce con el nombre de pauperismo.

Y en esto que dicen los reaccionarios absolutistas tienen razón sobrada.



ANTONIO SUSILLO.—Pedestal del proyecto para un monumento á la rendición de Granada y al descubrimiento de América.—(Cara que representa la rendición de Granada.)

La verdadera burguesía, esa nefanda institución que establece dos grandes clases en la sociedad, explotadores y explotados, éstos siempre bajo el yugo ominoso de aquéllos, se halla única y exclusivamente representada por el absolutismo, con sus gremios autoritarios y su no menos autoritario sistema de la tasa.

El absolutismo, hay que ser lógicos, esclaviza al proletario, le esquilma y le explota indignamente; pero no le deja sin un pedazo de pan para que no se muera de hambre; al paso que ese liberalismo disfrazado, que se llama burgués, no sólo le esquilma, le monopoliza y le explota tan inicua como el absolutismo, si que le deja sin ese pedazo de pan que éste, por conmiseración, le cede, reduciéndole á vivir dentro de un régimen de libertad, sí, pero de libertad para morir de hambre.

En cambio, nosotros los socialistas somos los verdaderos liberales, porque queremos la libertad, pero no la libertad que explota y monopoliza mediante el maldito régimen del capitalismo y de la libre concurrencia, sino la libertad que garantiza los derechos del hombre, uno de los cuales es el derecho á la vida, del que se deriva el del trabajo, y de los instrumentos necesarios para su ejercicio.

Por eso en un régimen socialista no se vería nunca lo que con el liberalismo burgués acontece; el obrero no se encontraría sometido á los caprichos del capital y obligado á dejar entre las garras de éste lo poco que quiso darle como retribución de un penoso trabajo.

Nosotros los socialistas facilitaremos á todos la manera de satisfacer en absoluto sus necesidades, mediante un trabajo racional y justo, determinado por la estadística de la producción y del consumo, y así no sucederá como actualmente con el liberalismo bur-

gués, que, tras un durísimo trabajo, apenas si obtienen los proletarios la satisfacción de las más perentorias exigencias orgánicas.

Nosotros los socialistas entendemos que á la burguesía más que á nadie conviene transigir con el derecho, si no quiere morir violentamente y no como fenece las instituciones humanas y todos los seres naturales: mediante las sabias leyes del transformismo y de la evolución.

Y por consiguiente no tendrá más remedio que acceder á nuestras justas pretensiones de aliviar la suerte de las clases desheredadas, estableciendo la gratuidad de los artículos de primera necesidad, de la misma manera que desde antiguo tiene ya establecida la gratuidad de los paseos, del agua, de los caminos y otros servicios que tienden al bien general.

Para que la gratuidad de los artículos de primera necesidad pueda llevarse á la práctica, necesitase que los Municipios se hagan cargo de la expendición en el consumo del pan, el vino, la carne, las medicinas y todos los artículos más necesarios á la vida.

Se me argüirá, sin duda, que esta expendición entraña la confección del género, y por lo tanto un aumento considerabilísimo en el presupuesto de los gastos municipales.

Pues para obviar este inconveniente podría establecerse un impuesto personal progresivo, castigándose el lujo y la vanidad, si es que la intervención del Estado en materia de sucesiones no daba lo suficiente para atender á los gastos que originara tan justa y necesaria reforma.

Y á la gratuidad de los artículos de primera necesidad tiene que acompañar forzosamente la creación de sociedades obreras, dueñas de los instrumentos del

trabajo que la susodicha intervención del Estado en materia de sucesiones vaya poniendo en manos de los Municipios, así como la abolición del salario mediante una equitativa participación en los beneficios.

De este modo pondráse coto á la explotación, y la clase más útil y numerosa de la sociedad no padecerá tanto las crueles y malvadas imposiciones de la explotación y de la usura.

RAFAEL DELORME.

OTOÑO.

SONETO.

Süave la luz, la atmósfera templada,
agitada la mar, limpias las eras,
ya dan su adiós las aves pasajeras
al nido sin verdor de la enramada.

Corre la sangre por la vid preciada;
derrámase la miel por las higueras,
y, abierta, deja ver rojas hileras
de dulcísimos granos la granada.

¡Oh pródiga estación de los tributos
que de la tierra, exuberante arrojas
la vida orlada por amargos lutos.

A la tierra y al árbol les despojas;
te dan primero generosos frutos;
después arrancas sus marchitas hojas!

J. JURADO DE LA PARRA.

¿PROGRESAMOS?...

I.



La espiral es el símbolo del progreso humano; movimiento titánico de avance que empezó por un grupo de ideas rudimentarias, luego fué creciendo conforme giraba sobre el pensamiento motriz, y hoy pretende invadir la creación y arrancarle al infinito su eterno misterio.

El hombre camina agujoneado por el vértigo de una curiosidad insaciable; y las nuevas teorías hacen olvidar á las antiguas, y unas civilizaciones substituyen á otras, y la Humanidad corre hacia adelante, á través de los siglos, sintiendo el hálito voraz del Destino que la empuja:—¡Más allá, más allá!...

La geología que explica el origen del globo; la paleontología inquiriendo la forma de un animal, ya fósil, por la estructura de un hueso de su esqueleto; la astronomía prediciendo el eternal concierto de los mundos; las industrias sujetando las fuerzas naturales al servicio del hombre; la medicina disputándola á la muerte sus víctimas; la antropología, la sugestión, los rayos X, todas las ramas de esa Ciencia para la cual ya no hay secretos, forma una inmensa cadena de argentinos reflejos, uno de cuyos extremos se remacha en el cerebro y el otro se pierde en las lejanías del Cosmos. Es la obra del Destino y la cadena se alarga siempre:—¡Más allá, más allá!...

El mundo marcha, es innegable; pero ¿avanza realmente ó tomaremos por progreso lo que es un atavismo?...

En las sociedades europeas se agitan grandes problemas; el más grave es el problema económico: la cuestión social ha hecho olvidar la cuestión religiosa: hace tres siglos, el hombre sólo pensaba en la conquista del cielo; hoy sólo le preocupa la conquista del pan; porque los desheredados de la suerte, los vencidos de la vida, tienen hambre, y el que tiene hambre no piensa más que en comer. El importantísimo movimiento socialista que caracteriza este fin de siglo, ha invadido las conciencias y alterado todas las pasiones: el interés y la avaricia de los que están arriba y quieren aprovecharse de la fortuna antes de que sobrevenga la bancarrota; y la sórdida ambición de los que gimen abajo y esperan ansiosos á que la mina explote para arrojarse sobre los caídos y huir con el botín. En esta lucha inminente se hallan interesados todos los afectos humanos; hasta el amor...

El amor, la pasión más noble, más altanera, también ha sido invadida por el mercantilismo de la época: el amor, el inocente niño que soñaron los clásicos, armado de carcaj y jugando con las ninfas desnudas del bosque, se ha quitado la venda para sentarse á escribir números.

Basta leer los ecos que nos transmite la prensa extranjera, para convencerse de esta dolorosa transformación. El amor de este fin de siglo, ya no dispara flechas sin saber cómo y á quién asesta sus golpes; es un amor sin arrebatos de niño travieso, que discurre fríamente, como un viejo desengañado, y á quien también la preocupa la conquista del pan.

«El amor dándole la mano al socialismo y diciendo con Becquer!...»

«Voy contra mi interés al confesarlo; pero yo, amada mía, pienso, cual tú, que una oda sólo es buena de un billete del Banco al dorso escrita...»

«Será ésta la última conquista de nuestra flamante civilización?...»

II.

La época del amor *romántico* pasó; ahora estamos en el período del amor *bolsista* ó *mercantil*, de las pasiones al *tanto por ciento*. Los corazones han arrojado como carga inútil y molesta sus encogimientos de antaño, y el hombre ha renunciado á sus antiguos arrebatos de amante celoso.

Aquellos padres linajudos, tan orgullosos del color azul de su sangre; las matronas, inalterables como el diamante, que rezaban el rosario junto al brasero, en las noches de invierno; las jóvenes de saya corta y vistosos chapines que, arrebujuadas en sus mantones, *pelaban la pava* tras las celosas rejas de la ventana, con los galanes de rojo capotillo, ó los chisperos de redecilla y sombrero de media luna; los trovadores de la Edad Media que entonaban sentidas endechas al pie de los castillos y que vivían consagrados al amor y á su arte vagabundo; las novelescas aventuras á que daban origen las pasiones contrariadas; los juramentos que unían con lazos invisibles á los amantes separados; las serenatas, las cuchilladas que salpicaron de sangre los retorcidos callejones de las viejas ciudades, todo se ha desvanecido como las fantásticas figuras de un aquelarre.

Aquel es un mundo enterrado, el mundo de las leyendas, que sólo vive en los libros antiguos. Las Beatrices y Lauras cantadas por Dante y Petrarca; el ideal femenino bosquejado por Becquer en *El rayo de luna*; las Filis, Mirtas, Melisas, Dafnes y Nises, encantadora cohorte de ninfas que jugaron con nuestros inmortales poetas del siglo de oro; los Arcadios, Alessis y Licidas, que entretenían sus ocios campestres tejiendo para sus amadas guirnaldas de flores; todas aquellas personificaciones del amor ideal, tanto más respetuoso cuanto más ardiente, están enterradas y no habrá quien ose resucitarlas.

El siglo actual no gusta de las puritanas creaciones del mundo clásico: el amor viste frac y corbata blanca, y Cupido reserva sus mejores flechas para los mayores contribuyentes. El reinado de las ninfas y de los silfos enamoradizos, terminó; ya no hay amante que se encare con el céfiro, el *dulce vecino de la verde selva*, para decirle:

«Si de mis ansias el amor supiste,
tú, que las quejas de mi voz llevaste,
oye, no temas, y á mi ninfa dile,
dile que muero...»

Esto parecería ridículo á una generación para quien el amor, la *pasión divina* de los antiguos, es una contracción de la médula espinal; y las exquisiteces del amor platónico, humoradas de cerebro neurótico.

El amor *clásico* huye con la fe; los amantes tienen más confianza en la fuerza legal de un notario, que en el poder de Cristo, y prefieren los contratos escritos en *papel correspondiente*, á los juramentos prestados ante un altar: los Delios y las Galateas de nuestros salones son muy positivistas, y todos opinan como una célebre actriz española que, preguntada acerca de que flores la gustaban más, repuso:—«Las de brillantes...»

Ahora se vive muy deprisa, el dinero es la gran palanca de la vida moderna, el mérito de los hombres se estima, generalmente, por las acciones que tienen en el Banco, y el corazón, si no quiere quedarse á la zaga, tiene que correr también y ser interesado.

El amor *fin de siglo* usa gafas, pero tampoco ve; porque ha substituído los cristales con dos monedas de á cinco duros.

III.

Desde el tipo de la mujer francesa de hace cuarenta años, maravillosamente retratado en *Eugenia Grandet*, por Balzac, hasta *Renata Mauperin*, frívola, viciosa, hombruna, de Goncourt, hay una inmensa distancia... «Que la mujer moderna—dice Octavio Feuillet—es una provocante Anphrodita, con unos pensamientos capaces de avergonzar á un orangután...»

La evolución amorosa sigue estos prosaicos derroteros impulsada por la fuerza incontrastable que en los actuales momentos todo lo transforma; la lucha por la vida, la conquista del pan.

Hasta aquí se ha dicho que el matrimonio es la carrera de la mujer; pero como la existencia va siendo muy difícil, el hombre no tiene tiempo de consagrarse al amor, y el bello sexo, pese á la inveterada fuerza de la costumbre, ha tenido que deponer su tradicional encogimiento y arrojarse á las penalidades de la vida activa. La modestia y el candor son malos medios para triunfar en esta sociedad despreocupada y

mercantil que de todo se ríe: la belleza, la coquetería, el ingenio, también son armas insuficientes para conmover á hombres poseídos de la fiebre del agio.

La mujer, con su gran sentido práctico, así lo ha comprendido, y se ha lanzado al combate resuelta á conquistar un marido ó á obtener por sus puños una posición decorosa; y de año en año las ciudades se van poblando de abogados, de médicos, de escritores y de ingenieros con faldas, que representan para el sexo feo, ya demasiado numeroso, un nuevo peligro.

Nadie *hace el amor*, porque eso supone tiempo, y la lucha por la vida no da treguas; ahora el amor *se compra hecho*, y el mejor pastor es el más irresistible Don Juan. Las mujeres solteras y los hombres que desean casarse, acuden á ciertas agencias ó se anuncian en la cuarta plana de los periódicos, expresando allí sus gustos, sus medios de subsistencia y hasta sus cualidades físicas... si son rubias, si son guapcs... es un cálculo más, que también tiende á la conquista del pan; un negocio que, como otros muchos, puede salir mal, pero que no por eso ha de dejar de intentarse. Para eso está el divorcio; para desatar los lazos que unió la codicia.

En París, sobre todo, este movimiento *feminista* ha adquirido extraordinaria fuerza; la mujer quiere tener iguales derechos que el hombre, y el socialismo, que ve en ella una poderosa aliada, la favorece en su empresa.

La polémica ha estallado ya, y en ella intervienen publicistas tan prestigiosos como Francisco Coppée y Leopoldo Lacour, y escritoras tan distinguidas como Mme. Schmahl y Mme. Sévèrine.

Nos lanzamos á la pelea—escribía Mme. Sévèrine

en *Le Journal*—no por gusto, sino por necesidad; mi deseo, como el de todas las mujeres, es el de vivir en perpetua tutela, protegidas por un hombre fuerte y cariñoso que nos adore; pero como los buenos maridos son tan escasos, como hay millares de mujeres solteras y divorciadas que tienen, como todo ser vivo, derecho á vivir, han de buscar la subsistencia por sí mismas, ya que carecen de un brazo vigoroso que las ampare: *trabajar ó morir*, ha dicho la sociedad, y por eso trabajaremos, porque nos va en ello la vida.

Uno de los apóstoles más fervorosos de la cuestión feminista, es el joven escritor Julio Bois, autor de *La Nueva Eva*, obra que ha obtenido en París extraordinaria resonancia. Bois incurre en las utopías peculiares de los innovadores nerviosos que no saben reprimir las inconveniencias de su pluma.

«Las mujeres—dice—deben pensar con su inteligencia y querer con su voluntad; y no vivir como hasta aquí lo han hecho, discurriendo con el cerebro del hombre y hablando con su garganta...» En otro lugar exclama encarándose con los padres que les compran muñecas á sus hijas. «Con ese juguete estúpido, parecen decirlos:—Ese es vuestro porvenir, ser madres...» Y, finalmente, preocupado con el problema de la maternidad, que es el que más *embaraza* á los defensores del moderno *feminismo*, dice que la mujer puede ocuparse de sus hijos hasta los 40 años, y luego consagrarse á la carrera que más le agrade...»

¡Qué delirio!... Como si los abogados, los artistas ó los políticos se improvisasen, y una débil mujer, rendida por los trabajos que proporciona una familia numerosa, tuviera alientos para dedicarse en el ocaso de su existencia á los azares de la política ó del foro.



ANTONIO SUSILLO.—Pedestal del proyecto para un monumento á la rendición de Granada y al descubrimiento de América.—(Cara que representa el descubrimiento de América.)

IV.

No es necesario analizar el libro de Julio Bois, ni otros varios escritos en idéntico sentido, para comprender que el movimiento feminista se ha iniciado con mucho vigor, y que no tardará en producir sus frutos: los paladines de la nueva idea creen que el libre examen ha desterrado de las sociedades el principio religioso; que el hombre, sin fe y sin freno, corre al placer y á la muerte, y sostienen que la *mujer emancipada* será la milagrosa panacea que conjure tantos desastres.

Hasta el presente, la lucha entre ambos sexos sólo se ha declarado francamente en New-York, París, Niza, Menton... y otros pueblos cosmopolitas; pero es de suponer que no tardará en propalarse.

Todo lo anuncia: las sutiles psicologías de Paul Bourget; los cuadros de costumbres parisinas descritas por Marcel Prévost en *Virgenes á medias*, el más popular de sus libros; las obras de Andrés Theuriot y de otros muchos autores, y el gran número de publicaciones galantes consagradas á excitar la gastada sensualidad del público, indican la profunda degeneración, la relajación incurable del público francés. Y así como los atentados anarquistas son las explosiones brutales de un dolor prolongado á través de muchas generaciones de desheredados que mueren en la miseria, así la escandalosa fuga de la princesa Caraman-Chimay con el bohemio Rigo, y otros hechos extraordinarios que están en la memoria de todos, acusan un desarreglo en la pasión amorosa, resultado lógico del estado nevrótico que una civilización refinada y algo decadente, determina en los fatigados cerebros de la generación actual.

Los principios defendidos por la escuela *feminista* han caído en el seno de una sociedad que recibe con agasajo todo lo nuevo: las mujeres y muchos escritores *afeminados*, luchan por la independencia *absoluta* del sexo débil, y si la ola no se detiene, el triunfo de la *mujer emancipada* es inminente.

Mas... acuérdense nuestras hermosas adversarias, que el día en que la ley y la costumbre borren las diferencias que hoy separan á los dos sexos, habrá terminado también el imperio de la belleza, y la galantería masculina: irán de igual á igual, de enemigo á enemigo, y entonces... ¡ay de ellas!... que son más débiles y menos atrevidas que nosotros.

Este siglo, al morir, lleva en sus entrañas la gran revolución social que ha de conmovir al siglo xx; en esta crisis política la mujer intervendrá como importantísimo factor, tal vez como redentora; pero sólo un caso de atavismo puede redimirla del precipicio á que inconscientemente la arrastran sus favorecedores; es preciso que torne á ser la dueña tímida y recogida del hogar, para que la desmoralización no envenene el seno de la familia.

La mujer descrita por Julio Bois, es un ideal bastardo, una virgen de barro: la mujer que monta bicicletas, doma caballos, discute en los Ateneos, frecuenta los Hospitales, habla en los Congresos, y rueda por tabernas y redacciones de periódicos, no es la redención de la humanidad futura: es ¡el abismo!...

EDUARDO ZAMACOIS.

¡29 DE SEPTIEMBRE!

(RECUERDOS Y ENSEÑANZAS.)



oy hace veintinueve años entró en Madrid el ejército vencedor de Alcolea.

El destronamiento de Isabel II no era, como ella misma creía, una ficción.

Era una realidad palpable que acababa de una vez con un reinado impopular y odioso.

El ejército, la marina y el pueblo no pudieron sufrir ni un momento más las iniquidades y vejaciones sufridas, se unieron en estrecho abrazo y convinieron de común acuerdo romper con aquellas deshonrosas instituciones que tantos crímenes consumaron para sostenerse.

En Cádiz, en esa democrática ciudad, donde se congregaron los doceañistas para legislar el Código fundamental que produjo el alzamiento del año 20 y en el que se han inspirado todos los revolucionarios del presente siglo, se redactó un Manifiesto que los generales puestos al frente de la revolución dirigieron á todos los españoles al grito de *¡España con honra!*

Y entre Córdoba y el Carpio, tuvo lugar la famosa batalla que había de decidir de los futuros destinos del país.

En la primera escaramuza que tuvieron los revolucionarios con los leales quedaron fuera de combate 45 oficiales y 300 soldados de la reina.

Este fué el primer descalabro que sufrieron los defensores de la tiranía.

Mal podían vencer los que no encontraban eco en corazón honrado.

Así continuaron hasta encontrarse cara á cara, á distancia de 40 m., la vanguardia revolucionaria y los mantenedores de la raza expúrea.

Un ¡viva la libertad! dado por aquella y un ¡viva la reina! de estos fué la señal de ataque.

Las descargas cerradas de los revolucionarios diezmaban las filas del enemigo, el fuego graneado de ambas partes iba sembrando de cadáveres el campo; atacaban unos con verdadera furia, resistían otros con verdadero coraje.

Esto ocurría la tarde del 28.

No se pensaba dar la batalla decisiva hasta el 29, pero los sublevados ardían en deseos de batirse y derrumbar la Bastilla española.

Las pérdidas que sufrían los soldados del despotismo obligaron á Novaliches á generalizar el ataque acudiendo en auxilio de estos con el grueso de su ejército.

Varias veces atacó el puente con intento de ganarlo.

Empeño inútil.

La lucha se iba haciendo por momentos más empeñada, más sangrienta, más salvaje. Ni se daba ni se pedía cuartel.

Dispuestos los unos á forzar el puente y decididos los otros á cortarles el paso, violenta fué la embestida de aquellos, pero la resistencias de estos fué digna de hombres que pelean por una causa honrada.

El marqués de Novaliches, el general en jefe del ejército de Doña Isabel, cayó herido por los soldados de la Revolución, por las huestes que mandaba el duque de la Torre.

Nada había que hacer por el momento.

La Revolución había triunfado. La monarquía estaba hundida en el lago de la sangre que ella misma derramara.

El movimiento del 22 de Junio del 66, bamboleó el trono.

El estremecimiento de dolor y de rabia que tan unánime y espontáneo se manifestó á raíz de estos sucesos, tuvo su epílogo el 29 de Septiembre.

Aquellos infelices tan inicua y arcabuceados en los Campos Eliseos, estaban vengados.

La sangre de los héroes sacrificados en holocausto á las libertades patrias había dado sus naturales frutos.

Pero la Revolución se estacionó. Se negó á seguir su marcha triunfal y los mismos hombres que contribuyeron á realizarla retrocedieron asustados.

Sólo una buena cosa hizo: reunir un plantel de oradores como no se ha conocido otro y promulgar una Constitución democrática.

La Asamblea legislativa francesa está considerada como una de las primeras por la importancia y calidad de los oradores que contó en su seno: Mirabeau, Barnave, Robespierre, Saint Just, Gregoire, Danton, Desmoulins, Marat. Mas no ha podido rivalizar aquella Asamblea ni ninguna otra en el mundo con nuestras Constituyentes del 69, con aquellas Cortes donde se mantenían las más luminosas discusiones por hombres de las más encontradas escuelas, como Rivero, Olózaga, Pi y Margall, Figueras, Salmerón, Castelar, Martos, Cánovas, García López, Figuerola, Ríos Rosas, Orense, Ayala, Echegaray, García Ruíz, Alarcón, Ruíz Zorrilla, Manterola, Llano y Persi, Sagasta y otros cien más.

Aquellos hombres que contribuyeron al alzamiento del 68, se acobardaron ante la grandeza de la obra comenzada después de la caída de la monarquía.

Más prácticos que nosotros fueron los revolucionarios franceses, y debemos inspirarnos en su obra si no tenemos iniciativas para realizar la nuestra.

Lo que hicieron nuestros hombres debe servir de enseñanza á los que vamos en la vanguardia del progreso si no queremos dar armas al poder teocrático para destruirnos.

Aprenda la juventud pensadora, esa juventud que sueña con las nobles ambiciones de la gloria donde puede alcanzar el puesto que de derecho le corresponde.

Mientras los trabajos de la juventud no vayan encaminados á la obra de la Revolución, nada beneficioso habremos hecho para la salvación del país.

La gente nueva no debe vivir postergada, no debe morir obscurecida.

FRANCISCO MACEÍN.

HOMBRES NOVÍSIMOS.



ON de otra raza, que ningún particular rasgo diferencia. Altos, bajos, de cuello de ave, de cogote redondo, tez pálida ó color encendido... Como los demás hombres, lo mismo que los demás hombres, tienen buen apetito, padecen del estómago, se dedican á las ciencias, á las artes, á las letras, á manuales oficios.

Son habladores, silenciosos, corteses, de trato áspero, madrugan, trasnochan, sueñan, trabajan, observan, calculan... Como los demás hombres, igual que los demás hombres.

Y son de otra raza. No comparten las alegrías de los otros, compadecen á la humanidad en sus placeres; no sufren cuando los demás padecen; se rien del dolor. Viven un mundo aparte, el que llevan dentro de su cabeza.

Y sin embargo, son escépticos. Les habláis de Dios y lo niegan, de la patria y sonrien, de la familia y la execran, de la ley y la maldicen. Probáis los nuevos ideales: el progreso, y os contestan que acabará con la destrucción inevitable del planeta; el trabajo, y os dicen que el ideal es la pereza; el amor, y os recuerdan la impotencia del anciano; la vida, y os afirman que la vida de todos no es sino la muerte de cada uno; el placer, y su conducta muestra que el placer es para ellos lo accesorio, nada.

¿De dónde salen? ¡No lo sé!, de todas partes. Del hospicio, del arroyo, de familias nobles, ricas, dichosas. ¿Cómo se forman? Así... como todo el mundo. Abren los ojos á la vida, se preguntan todas las cosas, cavilan, dudan, compulsan lo que les han dicho con lo que ven... De pronto, ya no dudan; siguen preguntando, quieren cerciorarse, probar; pero sus preguntas no son preguntas, hay en ellas la serenidad de la certidumbre, de la fe ciega, tranquila, absoluta. No parece sino que los grandes secretos de la vida les han sido revelados por designio providencial. Son videntes escogidos por la Naturaleza. Cometten locuras, heroísmos; se apartan de la vida, ó se anegan en ella, fijos siempre los ojos en el vacío del cielo.

Todo lo dan por descontado. La privación y el sufrimiento no les arredra; en ellos encuentran la alegría suprema de vencerlos; la desilusión no les hiere; piensan que el afecto termina donde comienzan el hábito y la competencia, y creen al hombre un animal de costumbres condenado á luchar; saben á qué atenerse respecto de los hijos, de las queridas y de los amigos; no les importa que sus ensueños no lleguen á realizarse, su reino, como el de Cristo, no es de este mundo; menosprecian la vida en la que sólo viven el mundo que han forjado, mundo de sencillez, de amor, de paz.

Hombres de carne y hueso que no comprendéis una alegría que no sea un chiste, un abrazo, una botella, un invite, una medalla ó una caja repleta, no les compadezcáis. La felicidad está con ellos; cuanto pudierais ofrecerles no les haría abrir los ojos. ¿Qué son vuestras riquezas, comparándolas á las que atesoran sus párpados cerrados?

Y si no podéis sobornarlos, no les persigáis porque ellos os desprecien. ¿Que les quitáis quitándoles la vida? Mueren como han vivido, tranquilos, sonriendo. Uno de ellos lo ha dicho: «Son el cadáver que envuelve la mortaja.» De ellos no muere sino lo que tenía que morir; ideas y ensueños quedan en la atmósfera, otros las recogen. A muchos de vosotros depararán la plena dicha que esos hombres gozaron en la vida, que gozan en la muerte.

ROTUNY.

REMORDIMIENTO.

SONETO.

Mucho tiempo ha pasado, y todavía me atormenta el recuerdo de la tarde en que llegué á su lado haciendo alarde de una tierna pasión que no sentía.

El deseo carnal era mi guía, llama vil que enloquece cuando arde; la pobre niña, débil y cobarde, desfalleció al notar tanta falsía.

Triunfé villanamente, bien me acuerdo. Ella ocultó su rostro avergonzada y estalló su dolor imponderable.

Y al través de los años, aún recuerdo que brotó en mi conciencia perturbada un grito que decía «Miserable!»

SANTIAGO IGLESIAS.

MUJER DE SU CASA.

—Crea usted, D. Ramiro, que no me remuerde la conciencia. Cuando ví entrar á mi marido del brazo de ese mujerón, con unos pechos como globos y unos aires de gastador que metía miedo, no sé lo que me dió.

¿Qué había hecho yo á Pedro? Ya sabe usted, á los tres meses de casarnos, empezó á faltar de noche. Lo lloriqueaba, le reñía, ¡como si no! Es tan zalame-

ro, que con cuatro pretextos me tapa la boca... Lo que dicen los hombres. El café... compromisos... una cena, un negocio. Me cogía de la cintura, me hablaba muy bajito, para mí sola; es una música cuando dice ternuras.

Mis amigas me mareaban la cabeza. ¡Que se le había visto con Manuela, con Antonia, con Felipa! Yo se lo soltaba en cuanto parecía por casa. Él me contestaba que eran mentiras, envidias, chismes de mujeres, que yo era su vida, su encanto... ¡fígurese usted!.. lo de todos.

Una vez estuvo ocho días sin venir. Lo que lloré, ¡Dios Santol! Y no me atrevía á ir á buscarlo. Es lo que yo pensaba, si voy á la oficina, como tiene ese genio, á lo mejor armamos una escena y... ¡poco que se hubieran reído sus compañeros!

Por fin me decidí... Lo encontré pálido, chupado, con los ojos hundidos... ¿Qué hacen esas mujeres para poner así á los hombres? Quise decirle muchas cosas, pero ¡tenía una cara de enfermo!

—¡Te vas á matar, Pedrillo!

Y él se puso muy triste, muy triste, se despidió de sus compañeros de oficina y vino conmigo. Si viera usted qué orgullosa paseé las calles, del brace de mi marido, desafiando las miradas de las amigas que cuchicheaban al vernos...!

Ya en casa, todo fueron súplicas y lamentos. ¡Lo que le cuidé! Las gallinas más hermosas de la plaza eran para él. A los diez días, ¡tan guapo como siempre! ¡Esos diez días fueron mi segunda luna de miel!

Se acabó pronto. Volvieron las escapadas y las demandas de perdón. Me desvivía por complacerle. ¿Ve usted estos cuadros? Yo les puse marcos, yo barnicé estas sillas, no hay un trasto que estas manos no hayan remendado y vestido de limpio. Soy mujer de mi casa. Vamos á ver, ¿qué falta en ella para ser feliz? ¿Hay otra más limpia, más ordenada? Mi casa es mi orgullo y además ¡es mía!, esos muebles forman parte de mi dote.

Ese hombre es un vicioso, la pasión le arrastra,

quisiera haber hallado en mí una de esas mujeres tiradas por la calle. Se casó conmigo porque no lo era, esperando que lo fuera... Y, cada una tiene su alma en su armario, las cosas naturales... bien y con arreglo, comprendo que en el hombre son necesarias; otras cosas no.

Así hemos vivido más de un año. Cuando se hartaba volvía á casa, pesaroso y con cara de muerto; en cuanto cobraba fuerzas, gracias á mis cuidados, no se le veía ni á prodigios. Yo dejé de hacer visitas; para que no me atormentaran mis relaciones, me encerraba en casa, siempre bordando, siempre cosiendo.

¿Cómo se atrevió á traerme esa mujer? No lo sé. Refí con mi familia para que no me mortificara, y nadie me ha enterado de las cosas de mi marido, me figuro que se le acabó el dinero, porque siendo tan elegante ha andado estos meses con los pantalones rotos.

Al verla en mi casa ni siquiera lloré. ¡Llorar yo delante de ella! Fui á mi cuarto decidida á ponerme la mantilla y á escapar. Pero no lo hice. ¡Qué más querían! ¡Iba á dejarlos en mi casa, rompiendo mis sillas, ensuciando mis pisos tan brillantes, y olvidándome?

No, no, lo aguantaría todo; y todo lo aguanté. Yo misma ponía la mesa, yo misma limpiaba los botines de Pedro, yo misma daba la última mano á la cocina. He trabajado más que una negra. Y cuando me escurría como una sombra por el pasillo y entraba en el comedor para recoger el servicio, más de una vez los encontraba abrazados, con las carnazas de ella sobre sus rodillas y la mano de él metida en sus pechos.

Todo me lo tragué, comiéndome las lágrimas, y yo me vengaba viéndoles separarse, bajar los ojos y partir cada uno por su lado. ¡Oh! No han gozado de mucho reposo. Ni en el cuarto les dejaba tranquilos. Cuando oía algún ruido, el rechinar de un mueble... recorría el pasillo y al llegar á la puerta de su dormitorio llamaba en alta voz á las criadas preguntando si había entrado alguien.

¡La tía marrana!... ¿Creerá usted que se ha dejado mantener por mí?... Y no podía decirme nada. En cuanto hablaban de comidas y ella decía que le gustaba una compota, al momento la tenía en la mesa... Con eso estaba segura de que no había de probarla. Si era de un vestido de tal tela, en su cama le colocaba el corte. Un día habló de unos relojes de pulsera que se pusieron de moda. Fui á la joyería, le compré el más bonito, se lo coloqué en la almohada... ¡Cómo gocé al ver que lo pateaba!

¡Cochinal!... La mayor parte de las veces ni siquiera arreglaba la cama... La tarde de ayer se la pasaron en el gabinete; los muy sinvergüenzas habían cerrado la puerta, tuve que conformarme con escucharles... ¡Qué besazos los de ella!... ¡Qué ordinarias son esas mujeres! Iba á llamar á una criada; me contuve tratando de oír lo que decían.

—Que sea chico, exclamaba él.

—Chica, chica, que sea como yo, buena moza, hermosa, contestaba riéndose la maldita, con un tono como el de Pedro cuando ¡yo fui feliz!

A la hora de la comida les puse en la mesa el arreo más bonito que encontré en todo Madrid. ¡Qué gorros, qué mantillas, qué capa para el bautizo!... Noventa y cinco duros, no me rebajaron más que cinco.

Yo creí que ella se volvía loca. ¡Era de ver, con los ojos y la cara llenos de sangre, rompiendo los platos, tirando la mesa y rasgando con un cuchillo toda la ropa destinada á su hijo! ¡Qué cosas habló, válgame el cielo! No puedo repetir las; no tengo la boca de una verdulera.

La escena acabó llevándose la fiera á mi marido.

Usted que los ha visto en la estación del Norte y sabe que tomaron billetes para Francia, no ignora lo demás.

¡Ya verán lo que es bueno!... Él tiene para poco, está ya medio consumido; vivirá, sin embargo, lo bastante, para ver la cara á la miseria, cargado con una haragana inútil para nada que no sean porquerías y que ha de sacarle aun dos ó tres hijos. Ella está ya jamona; cuando se quede sola, con unos crios colga-

ACTO TERCERO.

Gabinete más lujoso que el del primer acto.—Detrás de un escritorio, lleno de objetos caprichosos, se ve un gran armario.

ESCENA I.

BURGMAYER, que ha envejecido mucho y que tiene ya casi todo el cabello blanco, está sentado en un diván y junto á un velador con incrustaciones. Tiene la cabeza apoyada en la mano.

Burgmeyer. La sangre me afluye de tal modo á la cabeza que temo volverme loco, lo cual sería peor que la muerte. En la tumba, al menos, nada se siente. Pero aquí ¿quién me cuidaría? Con Eugenia no hay que contar; empiezo á conocerla; su vanidad es lo único á que da importancia...

ESCENA II.

Entra RUFINO.

Rufino (en voz baja y con timidez). El doctor vendrá, señor.

Burgmeyer (sin mirarle siquiera). ¿Cuándo?

Rufino. No tardará, señor. Me ha preguntado: «¿Venís de parte

del Sr. Burgmeyer el capitalista?»

—Sí, le he respondido. —«Pues bien, decidle que iré, pero que he de trasladarme del campo á la ciudad, y así ha de darme mil rublos por la visita.» Estuve tentado de decirle: «Señor doctor, es muy caro, no iréis únicamente á ver á mi amo y además este campo no está muy lejos de la ciudad.» Pero no me he atrevido. ¡Parece tan irascible, tan violento! Le he visto despedir á dos criados diciéndoles: «No tengo la intención de asistir á vuestros amos por amor de Dios.»

Burgmeyer (después de sonreír ligeramente, saca del bolsillo una llave y se la da á Rufino). En el armario, en el segundo cajón, hay un rollo de mil rublos. Cógelos y dámelos. (Rufino lo hace así. Burgmeyer se guarda negligentemente el dinero y la llave.)

Rufino. Si el señor doctor visita en diez casas por igual precio, ganará diez mil rublos diarios... En ninguna profesión es lícito ganar tanto, señor.

Burgmeyer (que apenas le es-

Mirovitch (impidiéndoselo). ¡Alejandro, levantaos, por favor! Estas escenas, creedlo, á nada pueden conducir. (Mirando por la ventana.) ¡Dios mío, Cleopatra aquí!

Burgmeyer. ¡Mi mujer!... ¡Todo ha concluido! (Sale precipitadamente y en el colmo de la desesperación.)

Mirovitch (aparte y muy agitado). ¡Tendré que sostener otra batalla por este lado!

ESCENA VI.

Cleopatra (entrando y con voz ahogada). He entrado sin hacerme anunciar, Mirovitch... Recibidme y no me despidáis... Dadme una silla... No puedo más.

(Mirovitch le acerca una butaca.)

Cleopatra (después de sentarse). ¿Mi marido está aún aquí ó ha salido?

Mirovitch. Ha salido bruscamente, ignoro por qué.

Cleopatra. ¡Ha hecho bien! ¡Sentáos cerca de mí, Mirovitch! (Mirovitch coge una silla y se sienta á su lado.)

Cleopatra (poniendo su mano sobre la de Mirovitch). Responded: ¿Me dijisteis la verdad cuando asegurasteis que me amábais?

Mirovitch. ¿Pensáis que hubiera podido engañaros? (Inclina la cabeza hasta besar la mano de Cleopatra.)

Cleopatra. Os creo, Mirovitch, y también yo os confieso que os amo. Pero quiero hablaros de mí; soy altiva, Mirovitch, tengo mucha fiereza y mucho amor propio... Dios me ha castigado quizás... Burgmeyer era desde hacía mucho tiempo el bienhechor de mi fami-

lia. Había sacado á mi padre de la cárcel, pagando sus deudas; había socorrido á mi pobre madre enferma; me había hecho educar á su costa... Me decían sin cesar que era nuestro salvador y que debía casarme con él. Me desagradaba mucho, pero no quería que mi familia y yo siguiéramos siendo sus protegidos y me decidí á saldar nuestras deudas de gratitud haciéndome su mujer... Después me acostumbre á él; me pareció que me amaba con locura; cada palabra mía, mis menores deseos, eran para él órdenes. Tenía yo á menudo caprichos, siempre los soporaba; cuando estaba enferma, le veía desesperado. ¡Creía que si yo amara á otro, sería para Burgmeyer un golpe más terrible que la pérdida de su honra, de sus riquezas, de su vida! El año pasado os conocí, Mirovitch, y os amé desde el primer instante... No recuerdo de qué me hablábais, pero lo que decíais ¡era tan diferente de lo que yo había oído á los demás! Las únicas conversaciones que oyeran en mi vida eran de este género: ¿Qué mercancía es la más ventajosa? ¿Cuánto cuesta el abono en la Ópera italiana? Se me conducía á casa de las modistas, se me engalanaba; así pasaban las horas; de suerte que para mí aparecísteis como un hombre de otro mundo... Desde luego los sentimientos que me inspirásteis me llenaron de embriaguez, pero en seguida me dió miedo; tuve lástima de Burgmeyer, temblé por mí misma, creí que sólo me amabas con un amor pasajero. Te rechacé. ¿Me habrían durado mucho estas fuerzas? Lo ignoro, y, sin duda, antes ó después, habría tenido que decirte la verdad, pero hoy una cir-

dos de los pechos, veremos si encuentra tontos que la engorden.

Y yo... yo me quedo en mi casa.

* * *

Me había enternecido su relato; mas la ví erguida, en actitud soberbia, despótica. Tuve que contestar:

—Si, señora, se queda usted en su casa... ¡pero si se hubiera ocupado un poco menos de ella, y un poco más del modo de besar á su marido...!

RAMIRO DE MAEZTU.

EL PROLETARIADO PERIODISTICO.

(ESTADÍSTICA SOCIAL.)

ENTRE los dependientes y empleados merecen, bajo diferentes puntos de vista, un interés especial los periodistas, proletarios de levita y sombrero de copa, peor pagados que los mismos empleados de ferrocarriles, y sin embargo, son sus cerebros focos que reflejan diariamente los rayos del primer poder del estado moderno: la opinión pública.

Nunca se presenta tan extravagante el contraste entre la miseria económica y la función importantísima que desempeñan, como en los proletarios de la prensa. Ellos, que han levantado á los ministros á sus poltronas; que crean celebridades de la nada; que sirven para cimentar fortunas colosales; ellos, que son una rueda indispensable de todos modos en el engranaje de la política presente; ellos, que cada uno lleva tal vez la carpeta de ministro bajo el brazo, como los soldados de Napoleón I el bastón de mariscal en la mochila, arrastran una vida de miserias y privaciones constantes. Hay diarios en Madrid cuyos redactores cobran 10 duros al mes; un sueldo de 30 duros «efec-

tivos» pagan muy contadas empresas, y los de más allá son mirlos blancos.

¿No entraña esta desproporción entre la importancia de la función y el sueldo del funcionario un gravísimo peligro social? Se ha escrito mucho sobre el escasísimo sueldo de los 5.591 curiales, que obliga á nuestros jueces á someterse á la voluntad de los 10.000 caciques, para no verse sitiados por el hambre.

¿No encierra la miseria de los periodistas un problema de otra tanta gravedad y peligro para la sociedad? Nadie niega ya que el poder de la prensa es tan real y efectivo como los poderes oficialmente constituidos: el judicial, legislador, ejecutivo y moderador. ¿Cómo puede desarrollarse una sociedad, si de los cinco poderes existentes dependen los dos más importantes, como vigilantes de la justicia y libertad, de la discreción de los demás representados por el rey, el Gobierno y el Parlamento?

Manifiestamente hay interés en atar por la miseria las manos á los jueces y periodistas, para que las hechuras y cómplices del caciquismo, el Parlamento y el Gobierno, campeen á su antojo impunemente y que ni siquiera se levante la protesta en la prensa. Sin tribunales y sin prensa, no puede existir una nación, y la República Social tendrá que reorganizar en primer lugar estos importantísimos servicios colectivos, tomando en lo judicial por ejemplos á Suiza y Alemania, donde la independencia de los jueces es absoluta, y donde el Tribunal Supremo reside lejos de la corrupción política de la imperial Berlín, en Leipzig, centro académico y literario. ¿Por qué no se traslada nuestro superior Tribunal á Cádiz ó Zaragoza, para estar alejado de los deletéreos miasmas de la corte?

Sin una profunda transformación revolucionaria, no podrá dignificarse la justicia en España. La prensa tiene medios sobrados para proceder ella misma contra las turbas que impiden su desarrollo. En 1889 he dicho en el estudio *La prensa española*, «que á la vez con las masas populares, es la única fuerza sana que puede arrancar al país del terrible marasmo en que yace. La prensa española no está, como la alemana y

austriaca, corrompida hasta la médula por el oro judío, la judería, ni la creo capaz de cobrar 3 millones de francos para hacerse cómplice del Panamá, ni menos aún de dejarse pagar 18 millones de francos para excitar el patriotismo, con el fin de que suscriba los 5.000 millones de indemnización á Alemania. Las que aceptan el oro amasado con la sangre de Rizal de manos frailunas, son muy pocas empresas de Madrid y Barcelona, y contadísimos son los periódicos subvencionados por la Trasatlántica, la Arrendataria, el Banco de España, las Compañías ferroviarias y unos cuantos banqueros, más ó menos judíos, metidos en las cosas de España.

Los 1.000 periódicos que tienen raíces duraderas en la Península —y los 200 ó 300 que viven meses ó semanas no hay que contar—viven casi todos independientes de aquellos grandes corruptores y se limitan á arrastrar una existencia dificultosa honradamente. Viven ó vegetan en España únicamente 146 diarios, que según los datos oficiales más recientes pagan pesetas 37.629 de contribución: Madrid cuenta con 37, Tarragona con 15, Barcelona con 14, Sevilla con 12, Coruña con 11, Valencia con 7, Córdoba con 7 y Zaragoza con 6 diarios. Ningún periódico diario hay en Avila, Burgos, Cáceres, Castellón, Ciudad-Real, Cuenca, Gerona, Guadalajara, Jaén, León, Lérida, Orense, Salamanca, Segovia, Soria, Teruel, Toledo, Zamora y las Canarias. ¡Casi la mitad de las provincias sin diario!

Contando con largueza, habrá unos 4.000 periodistas cuya existencia está basada en el periodismo, y otros tantos periodistas y literatos, pecuniariamente asegurados de otro modo, que colaboran en las 1.300 publicaciones del país. Todos estos 8.000 escritores tienen el igual interés de clase, y debieran cooperar en hacer la prensa independiente y estimada por todos. La estimación es lo primero, porque llevaría tras sí la mejora económica. Debemos procurar los periodistas que tomen parte activa en el periodismo todas las personas que en cualquier concepto valgan algo, como políticos, empleados oficiales y particulares, médicos,

constancia imprevista ha adelantado esta confesión. Mi marido (con triste sonrisa), á quien suponía tan enamorado de mí, me ha dicho últimamente: «Mis negocios andan mal y están en manos de Mirovitch; vé á encontrarle, sé coqueta con él, sedúcele y consigue que no me haga daño.» ¿Has oído alguna vez que un marido se atreviera jamás á usar semejante lenguaje con su mujer, aunque ella fuera la más inmoral, la más vil de las mujeres? Al instante he extirpado en mi alma cuanto pudiera ligarme á él y he venido á á tu casa. Quédate conmigo, haz por él lo que pide y págale así su mujer.

Mirovitch (ha oído á Cleopatra con agitación creciente, y á las últimas palabras se levanta de su asiento). Cleopatra, voy á devolveros franqueza por franqueza. Teneros conmigo sería para mí, bien lo sabéis, la mayor de las felicidades, pero, ¿habéis reflexionado qué para unirnos como vos misma deseáis era preciso cometer, no digo un crimen, algo peor, algo más vergonzoso?... Debería yo cometer una acción baja y deshonrosa.

Cleopatra. No tendrás que cometer acción deshonrosa ninguna, Mirovitch. Mi marido mismo me lo ha dicho y delante de mí no tenía para qué fingir ni mentir... Me ha asegurado que reformará todos sus trabajos.

Mirovitch. ¿Qué importa que los rehaga? ¿Habré dejado de prestarme á una componenda inmoral? No diría, en fin, otra palabra más si sólo mi persona andávierá en el asunto. Sea, que sé me difame, que se me zahiera. Nadie creería que siento por ti un

amor insensato. ¡Hoy nadie cree! Lo que diría todo el mundo es que soy un hombre capaz de hacer por una mujer bonita todas las villanías posibles. Lo soportaría todo. Pero, tesoro mío, se sospechará de ti, dirán que eres cómplice de tu marido.

Cleopatra. No, Mirovitch, no soy su cómplice... Te amo más que á todo, y si te suplico por mi marido es porque quiero separarme de él para siempre y dejarle sin deberle nada.

Mirovitch. ¡Lo sé y lo veo, Cleopatra!... ¡Si tú supieras de qué lucha infernal soy víctima en este momento!... ¡De un lado, un paraíso de amor que me atrae! ¡Del otro, la ignominia!... Mi conducta me obligará á abandonar la bandera que pensaba enarbolar toda mi vida... Nuestra generación, es decir, yo y todos los de mi edad, en los bancos de la escuela nos quejábamos presuntuosamente y maldecíamos á nuestros padres y á nuestros abuelos porque eran concusionarios, dilapidadores del Tesoro público, hombres inicuos, sin honra y sin virtudes cívicas! ¡No lefamos con simpatía sino los escritos en que se les escarneaba y se les echaba por tierra! En fin, entramos á nuestro turno al servicio de la sociedad, y yo, uno de estos hombres nuevos, me estreno haciendo lo que hacían nuestros padres; sigo las mismas tradiciones de parcialidad y de injusticia, aunque obedezca á motivos un poco más poéticos. ¿No doy así á los viejos prevaricadores el derecho de señalarme con maliciosa alegría y de decir: «¡Ved lo que son nuestros rígidos censores, ved con qué honradez y con qué nobleza proceden!» Tú, Cleopatra,

eres mujer y no comprenderás los sentimientos que experimento en estas circunstancias...?

Cleopatra. Al contrario, Mirovitch, los comprendo y empiezo á amarte y á estimarte muchísimo más... ¡Que Dios te proteja! ¡Sigue tu camino! ¡No seré para ti un obstáculo...! (Se levanta.) ¡Adiós!

Mirovitch (inquieto). Pero, ¿adonde vas?

Cleopatra. ¿Dónde?... ¡A mi casa!...

Mirovitch (jadeante). Quédate, Cleopatra, quédate otro minuto.

Cleopatra (dócilmente). Bien.

Mirovitch (cogiéndose la cabeza con desesperación). ¡Qué hombre tan pusilánime soy! ¿Por qué tiemblo?... ¿De qué tengo miedo?... ¡Se entrega á mí por completo, me da toda su vida, y yo me arrodillo en el polvo ante un fantasma de la imaginación! ¡Yo pienso en lo que dirán de mí algunos necios! (Se sienta ante el pupitre y oculta la cara en las manos.)

Cleopatra (acercándose á él muy despacio y tocándole ligeramente en el hombro). Escucha... Si te es penoso tomar cualquiera resolución, déjalo, me quedaré á tu lado. ¡Nada hagas por mi marido!... ¡Que se las componga como pueda!... ¡Te quiero más á ti!

Mirovitch (descubriendo el ros-

tro y dirigiéndose á Cleopatra con triste ironía.) Es muy sencillo... No hacer nada por él y apoderarme de ti... ¿No sería demasiada crueldad? ¡Quitarle su perla más preciosa sin darle nada en cambio! ¡No!... ¡Al menos conserve sus millones! ¡Se los salvaré!

Cleopatra (con aspecto sombrío). ¿Y si te arrepientes más tarde?

Mirovitch. ¿Cómo arrepentirme? ¡Tú misma, tú estabas dispuesta á quedarte conmigo sin ningún sacrificio de mi parte y, si ahora procedo así es sólo por efecto de mi libre voluntad! (Se acerca á la mesa, se sienta y se pone á escribir precipitadamente como sin conciencia de lo que hace. Escrita la carta, llama y viene un ordenanza.)

Mirovitch (con la cara encendida, dando el pliego al lacayo). Ya conoces nuestra comisión. Vé, lleva esta carta. Di que estoy enfermo, que ya no tomaré parte en sus trabajos y que dimito; pídirás que te devuelvan mi Memorandum.

Criado. Está bien, señor. (Sale.)

Mirovitch (dirigiéndose á Cleopatra con fingida alegría). ¡He hecho cuanto deseaba vuestro marido!

TELÓN.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



JOSÉ GALLEGOS.—UNAS BODAS EN MARRUECOS.

abogados, maestros y profesores, industriales, comerciantes, etc., etc. Alfonso Karr era un comerciante en artículos de modas; Emilio Zola debutaba como dependiente en una librería. Las inteligencias privilegiadas deben apreciar como una honra el pertenecer al periodismo; y lo conseguiríamos fácilmente si solicitáramos su colaboración y si al mismo tiempo alejáramos de la prensa los elementos perniciosos, frutos secos atraídos por la vanidad, que no han podido medrar en otra parte. Echando á los vividores, ignorantes, inútiles, quedará espacio para aquellos colaboradores que contribuyen tanto á enaltecer las letras en Alemania. Las Revistas literarias, sobre todo, deben hacerse más dignas del creciente favor del público, tratando con mayor seriedad la crítica literaria y científica, de la cual se encargarían con gusto especialistas del ramo respectivo, catedráticos de las Universidades y elementos parecidos. Un pseudónimo cualquiera les evitaría los disgustos posibles y les permitiría la independencia del criterio. Haciendo más substancioso y serio el texto de nuestras Revistas, cuyas condiciones artísticas son admirables, daría una tribuna más amplia á los escritores especialistas, obligados hoy á publicar Revistas que nadie lee y que debieran fundirse con las literarias en provecho de todos. Hay Revistas comerciales, de ferrocarriles, seguros, enseñanza y hasta de Medicina y Jurisprudencia, que medran de «milagro», y publican cada mes uno ó dos artículos originales, surtiéndose de recortes de los demás periódicos. ¿No sería mejor que publiquen este artículo único original en una Revista de gran circulación, repartiéndose el importe de los «milagros» entre el autor y la empresa literaria? El público, el autor especialista y la seriedad de la prensa ganarían por esta reducción de un órgano inútil.

Una concienzuda estadística social revelaría horrores de miseria en el proletariado de levita; y el del periodismo tiene todavía la ventaja de la aureola de la gloria ante el proletariado obscuro de las profesiones científicas, médicos, abogados, curiales, arquitectos, dentistas, etc., cuya cifra oficial en España es de 43.230, y que pagan 3.821.681,45 pesetas de contribución. ¡Cálculase que hay nada menos que 21.776 contribuyentes de «la ciencia de curar», según el término oficial, sin contar los curanderos y las curanderas! Si todo este proletariado de levita hallaran su Murger para cantar su triste bohemia, creo que los periodistas se resignarían con su suerte, porque al menos esperan la inmortalidad merced á un Mesonero Romano, ó tal vez les sonría la suerte de encontrarse retratados por Balzac en *Ilusiones perdidas* ó la historia de un periodista provinciano en París. ¡Lástima que Pérez Galdós no haya escrito una novela sociológica parecida, pintando la vida literaria española! *El Solitario y su tiempo*, de Cánovas, y *Papeles viejos é investigaciones literarias*, de Ossorio y Bernard, dejan entrever un mundo de tipos interesantísimos. El gran Eugenio Hartzenbusch ha publicado un curioso libro sobre los periódicos de Madrid; Manuel Aznar sobre el periodismo de Sevilla; Antonio Elías de Molins sobre los

escritores catalanes, y varios utilísimos elementos hay publicados además, que permiten emprender un estudio sintético sobre la prensa en España.

En 1892 salió la tercera edición del interesante libro de Juan P. Criado, titulado *Antigüedad é importancia del periodismo español: notas históricas y bibliográficas*, cuyo autor aboga por la creación de un Museo nacional de periódicos, como existe uno en Alemania y, según el autor, en Barcelona, y gracias al bibliógrafo Tramoyeres Blasco, en Valencia. Fácil sería crearlo con sólo ordenar que los Ayuntamientos y gobernadores civiles remitan á la Biblioteca nacional las colecciones de periódicos que según la ley deben poseer. Hay que desear que de este modo se salven de la venganza del caciquismo los periódicos célebres por sus campañas sostenidas contra él; sólo me temo que los números más substanciales é instructivos para la historia social de las localidades se habrán «perdido». La idea merece la atención de la Asociación de la Prensa de Madrid, cuyas grandes relaciones oficiales podrán realizarla pronto.

Esta misma asociación puede colocarse un monumento hermoso apoyando la exigencia de la Unión de dependientes y empleados por el 10 por 100 de los beneficios en las empresas en favor de los redactores y empleados de los periódicos y por la determinación de un sueldo mínimo. Excuso decir cuánto mejoraría la situación de nuestros compañeros por estas dos sencillas reformas, y no tendrían que someterse á todos los precios de los editores que les dan trabajo y que pagan las 2.000 letras de traducción con un (1) real. Enrique Vera, el director de *La República*, dice en sus interesantísimas *Memorias de un periodista*, «que ha escrito en un año seis tomos gruesos á 50 duros sobre asuntos jurídicos, y hubo de pasar por la tortura de verlos firmados todos por jurisperitos más ó menos distinguidos, que apenas se habían tomado la molestia de hacer ligeras correcciones en mis trabajos». Mi desafortunado amigo y correligionario termina con estas palabras su instructivo documento humano, referente á la vida literaria en España: «Es difícil, muy difícil, el ejercicio de la prensa como sacerdocio; pero como oficio es un verdadero suicidio moral y material, al menos para hombres que persiguen más bien un ideal soñado que una posición política. Los que llenos de fe y entusiasmo combaten, como yo lo hice, por una abstracción hermosa, están destinados á sufrir en plazo breve los rudos embates del desencanto, tan terrible en ocasiones como la muerte misma. Renuncio para siempre al periodismo. No quiero que se seque mi corazón; no quiero que se sofoquen los sentimientos nobles que aún abriga mi alma. No quiero ser cómplice de indignidades, ni dar mi sanción á los torpes histriones de la comedia social.»

Así hablan y obran los ideólogos incorregibles, los idealistas románticos que no penetran en el fondo de esta comedia, y por esto no pueden oír los martillazos de los obreros, cuya piqueta ya está derrumbándola, ó son obreros que se asustan ante la magnitud de la

obra, por demasiado modestos ó pusilánimes, ó al fin son escritores dotados de un criterio finísimo, que en el continuo comercio con los grandes autores desespéran de sus propias fuerzas, aunque las tengan de sobra. De todos modos merecen simpatía y respeto, y si claudican apoyando ideas contrarias á su conciencia, tengamos caridad con ellos, porque son víctimas de la anarquía social, tal vez empujados á la apostasía por las lágrimas de su mujer y los llantos de sus hijos, que lloran por un pedazo de pan.

Con motivo de las impertinencias, injusticias é ingratiudes de Pérez Galdós y Clarín hacia la prensa, por haber censurado *Los Condenados*, les daban Fuente, Arimón, Zeda y otros publicistas de merecida fama una lección, que bien debieran repetir los detractores del periodismo, porque todos, absolutamente todos, le deben gratitud y admiración. Dionisio de las Heras dijo con aquel motivo: «¡La prensa! ¡Qué ingrato, qué torpe el que la vilipendia y escarnece, puesto que desde el primero al último ciudadano no hay uno solo que no recoja algún provecho de ella! La rica savia que le da vida, en mayor ó menor cantidad, todos se la hemos proporcionado, y obra de la sociedad entera son la libertad, la influencia, los privilegios de que disfruta. ¡La prensa! ¡Qué grande, qué generosa es siempre, aun en medio de sus equivocaciones, de las que nadie se halla libre en el mundo!»

E. B.

PIEDES OCULTAS.



El monte estaba lleno de altas escombreras negruzcas, agujereado en todas partes por bocas de galerías obstruidas y cortado en muchos sitios por profundas trincheras. Los mineros talaron el monte, las aguas cargadas de mineral de plomo destruyeron toda vegetación, y de aquellos lugares antes frondosos, poblados de encinas y de robles, no quedaban más que eriales llenos de pedruscos; un paisaje de pesadilla, de una amarga y desoladora tristeza.

Ni un helecho, ni una humilde aliaga crecía entre los escombros; en vez de árboles salían del suelo los soportes de los cables, rígidos y severos, con sus brazos de espectro.

En la cumbre del monte, había una ancha meseta, lisa como la palma de la mano, y en ella se asentaba la Casa de la Mina; una antigua casa fuerte de piedra sillera con aspilleras y ventanas enrejadas que la daban aspecto de cárcel.

Frente á la Casa de la Mina se veían las de los obreros, hechas de adobe; viviendas de aspecto sórdido y miserable, de piso bajo solo, en las cuales parecía haberse economizado hasta el aire al construir las; tan pequeños eran los agujeros de sus ventanas.

En la Casa de la Mina vivía el representante de la

Sociedad minera «La Previsión»; todo un caballero de industria, del cual nadie conocía su pasado; hombre viejo, presuntuoso, con el bigote y el pelo teñidos, tipo clavado de ruñán. Su gran vanidad era creerse un seductor terrible, y para adquirir y sostener esa reputación, llevaba a vivir en su compañía alguna moza del partido, recogida en cualquier rincón de la ciudad, a la cual, con su fantasía andaluza, transformaba en una niña de alta posición, enamorada perdidamente de él hasta el extremo de seguirle abandonando su familia.

Aquel hombre vanidoso era, a pesar de sus fatuidades, de una dureza de roca; sabía hacer trabajar de firme al rebaño de miserables obreros que estaban bajo sus órdenes; sabía extraer de sus fibras musculares, aún no atrofiadas por los vapores del plomo, energías para arrancar y triturar el mineral.

Presenciaba los dos relevos, a la seis de la mañana y a la misma hora de la tarde, por si alguien faltaba al trabajo. Se daba la señal con un toque de bocina e iban saliendo de las galerías hombres lívidos, macilentos; algunos temblorosos, todos con las espaldas torcidas y las cabezas bajas. Subían en grupos por un antiguo plano inclinado a la meseta del monte, y entraban en sus casuchas a comer y a descansar; poco después salían otros grupos de obreros para desaparecer en el fondo de las minas.

Los muchachos trabajaban llevando el mineral en cestos sobre la cabeza; las mujeres se pasaban el día trayendo haces de leña de un monte lejano; los chiquillos, sucios, haraposos, medio desnudos, jugaban bulliciosamente a la puerta de sus casas. Y en medio de aquel ambiente de miserias, ella, la señorita Julia, la buscona de la capital convertida en señora por el capricho de un hombre, paseaba con languidez acompañada de su criada, por delante de la Casa de la Mina, luciendo sus trajes vaporosos, saludando desdenosamente a los mineros, como una reina a sus vasallos.

No los miraba, no quería conocerlos siquiera. Bastante le habían pisoteado a ella los hombres; ahora le tocaba a ella el pisotearlos.

Julia tenía mala fama entre la gente. Hay pérdidas, decía su criada, que tienen buenas entrañas; pero ésta..., ésta es la mujer más perra que hay en el mundo. Y todos decían lo mismo; era una mala hembra, una mujer sin corazón...

Durante la primavera de aquel año, se presentaron en el pueblo próximo algunos casos de viruela; un barrenero llevó la enfermedad a su casa y la infección se extendió rápidamente, sobre todo en los niños, que casi todos cayeron enfermos. Ya no se veía aquel enjambre de chiquillos sucios y haraposos jugando a las puertas de las casas.

Julia se enteró de lo que sucedía, porque una comisión de obreros fué a visitarla, pidiéndole que escribiera al representante que estaba fuera, para ver si les podía adelantar una quincena de jornales y hacer frente con aquel dinero a los gastos ocasionados por la epidemia. Ella se negó en redondo. No la engañaban a la hija de su madre con aquellos pretextos. ¡Valientes granujas! Siempre querían los cuartos para emborracharse. Tanto les daba a ellos por sus hijos como si fueran perros.

En un día murieron dos niños; a la mañana siguiente, el médico del pueblo inmediato se presentó sin que nadie le avisara. Julia lo vio venir desde la ventana, montaba un caballo tordo; era un hombre pequeño, moreno, de barba negra cerrada, de movimientos muy vivos. Ató el caballo en una de las rejas de la Casa de la Mina y fué corriendo a visitar a los enfermos. Julia por curiosidad descendió al piso bajo, abrió la ventana y se puso tras de la reja, sin que pudiera ser vista. Al cabo de media hora oyó la voz del médico enérgica y dura y la del capataz que le respondía tras de largos intervalos.

Aquello era un abandono incalificable—decía el médico,—allá iban a morirse los niños como chinches. Estaban en malísimas condiciones, revolcándose en porquería, dos y tres en una misma cama...

El capataz contestaba por lo bajo diciendo que el representante estaba fuera; se había escrito a la Sociedad y ésta no hacía caso...

—¿Pero no hay aquí nadie a quien se pueda acudir,—replicaba el médico—no vive en esta casa la mujer o la querida de ese hombre?

—Sí—decía el capataz—pero era una mala hembra de la que no se podía esperar nada.

Julia no quiso oír más; se marchó a su habitación, enfurecida, rabiosa; fragó mil proyectos para despedir al capataz, descargó su furia contra los muebles y luego empezó a llorar desconsolada, y así pasó todo el día llorando con amargura, preocupada por la opinión que iba a tener de ella aquel médico desconocido.

A la mañana siguiente, vestida con uno de sus trajes menos llamativos, empezó Julia a visitar a las viviendas de los obreros. Las mujeres, asombradas, le hacían pasar a cuartos estrechos, sin luz, sin ventilación; llenos de un aire caliente, cargado de olores nauseabundos de miseria, entre los cuales descollaba un olor de pan tostado que exhalaban los cuerpos de

los variolosos. Allá en los sucios camastros se veían los niños enfermos mezclados con los convalecientes y los sanos; los padres acostados sin desnudarse en el suelo, roncaban con la boca abierta con un bestial ronquido.

En una casa, una chiquilla rubia, muy mona, con la cara llena de costras, tendió sus bracitos delgados al ver a Julia; ella le tomó en sus brazos, le meció en su falda y en la frente rojiza llena de pústulas, depositó un beso sin miedo a contagiarse, beso místico que repercutió en su corazón, como aquellos que transformaban en santos a los pecadores.

Y al terminar su visita, encontró su espíritu lleno de piedad para todo y para todos. Pensó en recoger y en cuidar a los niños enfermos en la Casa de la Mina y así lo hizo, y durante semanas enteras, los cuidó, los limpió; pasó por ellos las noches en claro, sacrificada en ansia inagotable de hacer el bien, en un inmenso anhelo de maternidad por todos los que sufrían y temblaban por el dolor.

Cuando llegó el amo hubo entre los dos un terrible altercado; el hombre, en el colmo de la indignación, mandó que inmediatamente echaran a todos aquellos chiquillos fuera de casa, ella se opuso con una enérgica mansedumbre, él levantó la mano y algo vió en aquellos ojos negros, algo extraño que le hizo contenerse. No dijo nada, no volvió a hablar del asunto y los niños siguieron en la Casa de la Mina hasta su completa curación.

Julia siguió visitando a los obreros; cada miseria que veía trataba de remediarla, obligó a su hombre a subir los jornales, a abaratar los géneros que se vendían malos y caros en el almacén. Pero hija—decía él—la Compañía se va a disgustar si hago esto.

—¿No es lo justo?—replicaba ella—y él cedía, cedía ante las palabras apasionadas de la muchacha, a pesar de comprender claramente los peligros a que en su situación se iba exponiendo.

Así pasaron meses enteros, llevados por un afán de mejorar la vida de los trabajadores; a él ya no se le importaba manifestar su vejez, dejó de teñirse y su cabello blanco daba cierta serenidad y placidez a su cara.

Pronto los obreros comenzaron a abusar; el representante no tenía energía para contener sus desmanes; se susurraba que la Sociedad estaba muy descontenta de su gestión, y él, que había perdido su instinto de hombre práctico en aquella corriente de piedad que le arrastraba, seguía su obra viendo cada vez más próxima su caída.

Una tarde al anochecer, sin previo aviso, a consecuencia de una medida absurda por su generosidad, tomada por el representante, el director de la Compañía le comunicó que habiendo encontrado otra persona para aquel cargo, cesara en su destino y desalojase la casa.

No le asombró aquello, ni a Julia tampoco. Los dos al anochecer abandonaron la Casa de la Mina; agarrados de las manos bajaron el monte, hasta la carretera, quizás confiando en la providencia, y la pérdida y el viejo aventurero, regenerados ambos por la piedad, siguieron su camino en busca de lo desconocido, ante el campo obscuro, silencioso y triste, bajo el cielo negro y tachonado de estrellas.

Pío BAROJA.

COSAS.

Con el fin de poder fundar una Asociación los dependientes del gremio de ultramarinos, se ha acercado a nuestras oficinas, en representación de dicha clase, una comisión para manifestarnos, que no siéndoles posible reunirse por no tener más que una salida al año, y con objeto de poder contar el número de los que estén conformes con dicha idea, les permitamos dirijan sus adhesiones a nuestra Redacción, pudiendo de este modo entenderse para dicho fin.

Creemos muy justo que esta honrada clase se asocie, pudiendo contar con nuestra cooperación, dirigiendo a nuestras oficinas las adhesiones que tengan por conveniente.

Nuestro compañero de redacción, Ernesto Bark, publicará muy en breve un libro de actualidad bajo el título: *Política Social*, soluciones positivistas de la sociología contemporánea, que contiene los capítulos siguientes:

1.º Los problemas de la Sociología. 2.º El Socia-

lismo positivo. 3.º Soluciones prácticas. 4.º La Alemania socialista. 5.º La República Social en Francia. 6.º Naciones cosmopolitas. 7.º El Internacionalismo. 8.º Pueblos precursores. 9.º La Hacienda del porvenir. 10. El Ministerio del Trabajo. 11. Estadística social. 12. La Revolución y el Arte, y 13. La Filosofía del placer.

El libro tendrá cerca de 300 páginas y su precio de librería será de 3 pesetas. Para facilitar la adquisición a los suscriptores y corresponsales de GERMINAL, se hará una edición especial, en papel algo inferior, por sólo 1 peseta, con tal que los pedidos respectivos se hagan con la anticipación necesaria para regularizar la tirada.

La esposa de nuestro estimado amigo, el distinguido escritor D. Gabriel Enciso, está casi restablecida de una grave enfermedad, merced al prolijo esmero con que la ha asistido el ilustrado médico del Hospital de la Princesa, Dr. Caro.

No necesitamos decir cuánto nos alegramos.

Los distinguidos periodistas catalanes Bas y Socías y Bo y Singla hace más de un año que sufren prisión preventiva por delito de imprenta.

Nuestros infortunados compañeros nos escriben quejándose amargamente de la lentitud de la justicia en la sustanciación de la causa, que parece convertirse en condena. No saben todavía a qué jurisdicción deben ser sometidos, y su situación no puede ser ni más crítica ni más difícil.

Piden, invocando la ley, que se adopten pronto resoluciones que hagan cesar un estado de cosas tan irregular y anómalo.

Nosotros pedimos lo mismo, aunque sabemos que ni su voz ni la nuestra será escuchada.

Nada se consigue en este país, cuando para defender un derecho se invoca la ley.

¡Otra cosa sería si se invocase el favor y la injusticia!

Los atropellos cometidos por la policía en las personas de siete honradísimos vecinos del pueblo de Tetuán, han escandalizado la opinión.

¡Para qué lamentarse! Periódico tan resuelto como el *Heraldo*, en su editorial del miércoles pasado, dice que esos atropellos son dignos del Kurdestan o de Marruecos. ¿Es que los policías que cometen delitos y atropellos penados por el Código, no pueden ir a presidio?

¿Son los esbirros del Gobierno civil inviolables?

Nuestro querido amigo y compañero el redactor corresponsal de GERMINAL en Salamanca, D. Crescencio Sánchez Esculta, ha sido elegido miembro de la Junta de Fusión Republicana de aquella localidad.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA.

Almendralejo.—D. A. A.—Le doy de alta y le remesaré los que pide.

Torrelavega.—D. M. P. P.—Le doy de alta y le remesaré los que pide.

Peñaranda de Bracamonte.—D. F. P.—Recibida una peseta en sellos. Tomada nota para el suscriptor. Hecho el cambio de faja.

Aranda de Duero.—D. J. P. R.—Recibida su carta del 27, tomamos nota para remitirle los números que le faltan: el extracto-cuenta que interesa se le envió oportunamente; puede hacerlo usted mismo teniendo en cuenta que ha llevado 10 ejemplares semanales; desde el próximo número y en vista de que se agotan los que actualmente lleva, aumentaremos cinco ejemplares al paquete semanal. Puede descontar de los números de pago algunos que haya empleado en propaganda, pero cuidando de no perjudicar nuestros mutuos intereses.

Irun.—D.ª V. J.—Se le remesarán los que solicita con devolución.

Sabadell.—D. O. M.—Desde este número se le remesan los 10 ejemplares que desea. Tomada nota para servirle los atrasados que solicita.

Oviedo.—M. F. P.—Recibida su remesa de pesetas 8,20. Tomo nota para remitirle los ejemplares atrasados que pide.

EL ADMINISTRADOR.

AVISO IMPORTANTE.

La Redacción y Administración de esta REVISTA, se han trasladado a la calle de la Libertad, núm. 29, donde se dirigirá toda la correspondencia.

MADRID.—IMPRESA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.